









# Cuentos de cuna para dormir morir

**Marco Antonio Bonilla Mendoza**  
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

**María Fernanda Bencomo Arvizo**  
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA  
DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

**Heber Mauricio Rivera Anguiano**  
COORDINACIÓN DEL PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA  
Y FOMENTO A LA LECTURA

DISEÑO Y CORRECCIÓN  
Gisela Iliana Franco Deándar  
Héctor Manuel Jaramillo López

VOCALÉS EDITORIALISTAS  
Alejandro Ramos Ayala  
Aniela Rodríguez  
Janeth Margarita Rogelio Ruíz  
Raúl Aníbal Sánchez

*Cuentos de cuna para dormir morir*  
© Armando Ascary Escárcega Hernández

Primera edición:  
Septiembre 2026

Imagen de cubierta: Armando Ascary Escárcega Hernández

ISBN: 978-970-96981-6-9

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra para fines lucrativos por cualquier medio, sea electrónico o físico, sin permiso previo del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua. Se autoriza la reproducción de fragmentos para divulgación, difusión de la obra y promoción de la lectoescritura, siempre y cuando se cite la fuente original.

EDITADO Y PRODUCIDO EN MÉXICO.

# Cuentos de cuna para dormir morir

Armando Ascary Escárcega Hernández

colección



Con trayecto



## Presentación

“Aunque hablar surge de manera natural, la escritura tiene que inventarse”, afirma Edward Dolnick en *La escritura de los dioses*. Y ahí se encuentra algo extraordinario: hace miles de años, los humanos inventamos una manera de hacer que nuestras ideas, recuerdos e historias pudieran permanecer.

Desde entonces, cada vez que alguien escribe, algo logra quedarse.

Se queda la memoria de una familia. La historia de una calle. Una emoción que creíamos sólo nuestra. Una pregunta. Una idea.

Por eso una ciudad necesita a sus escritoras y escritores.

Desde 2014, el Programa Editorial Chihuahua ha acompañado a quienes han decidido poner sus palabras sobre el papel y compartirlas con los demás. Y en esta edición 2026 celebramos de nuevo las distintas formas de hacerlo.

HISTORIAS DE MI CIUDAD conserva aquello que nos pertenece: nuestros lugares, personajes, costumbres y recuerdos; esas historias que explican lo que somos.

SOLTAR LAS AMARRAS abre la puerta a quienes comienzan a navegar con una voz propia y se atreven a compartirla por primera vez.

CON TRAYECTO reconoce a quienes llevan camino recorrido y siguen encontrando, en la experiencia y en el oficio, nuevas cosas que decir.

Y la COLECCIÓN INFANTIL Y JUVENIL ofrece algo especialmente valioso: mirar la vida y el mundo desde los ojos de quienes apenas comienzan a descubrir el poder de las palabras.

Cada una es distinta. Pero todas nacen de la misma convicción: en Chihuahua hay talento que merece ser leído.

A las autoras y autores de estas páginas, gracias por escribir. Por encontrar palabras para aquello que a veces los demás apenas alcanzamos a sentir.

Y a quienes hoy abren estos libros, los invito a hacer algo muy sencillo: leerlos.

Porque alguna vez tuvimos que inventar la escritura para que nuestras palabras pudieran permanecer.

Ahora nos toca mantenerlas vivas.

**Marco Antonio Bonilla Mendoza**

PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

## Presentación

*Palabras: con ellas puedes hacer y deshacer lo que quieras*

Elena Ferrante

Para el Gobierno Municipal y el Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua, es un orgullo presentar la colección del Programa Editorial Chihuahua (PECH) y del Programa Editorial Chihuahua Infantil y Juvenil 2026, resultado del talento, la dedicación y la creatividad de autoras y autores que, a través de la palabra escrita, continúan enriqueciendo el patrimonio cultural de nuestra ciudad.

Quiero expresar una sincera felicitación a quienes resultaron ganadoras y ganadores de esta edición. Sus obras son reflejo del compromiso, la disciplina y la sensibilidad con la que han decidido compartir su mirada del mundo. Al mismo tiempo, extendiendo mi reconocimiento a todas y todos los participantes. Cada manuscrito recibido representa un acto de valentía y amor por la literatura.

Estos logros no serían posibles sin el respaldo constante del Gobierno Municipal de Chihuahua y el compromiso de nuestro alcalde, Marco Bonilla, quien ha impulsado el fortalecimiento de las políticas públicas que promueven el acceso a la cultura, la lectura, y las artes como herramientas para el desarrollo de nuestra comunidad. Gracias a esta visión, el PECH continúa creciendo año con año y reafirmando que invertir en cultura es invertir en un mejor futuro.

A quienes hoy sostienen este libro entre sus manos, les invito a disfrutar sus páginas con la certeza de que en ellas encontrarán voces que hablan de nuestra tierra, de nuestras inquietudes, y de los múltiples caminos que la imaginación puede abrir. Que esta colección sea un punto de encuentro entre escritoras, escritores, y lectores de todas las edades; un espacio donde las palabras continúen sembrando diálogo, esperanza y comunidad.

¡Enhorabuena a todas y todos! Que las letras sigan encontrando en Chihuahua un hogar desde el cual inspirar y dar norte a las generaciones por venir.

**María Fernanda Bencomo Arvizo**

DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA  
DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA





*Dedicado a mis padres, que me criaron en  
la sierra, con una infancia increíble llena de  
aventuras.*

*Dedicado a toda la gente que conozco allá en la  
sierra, a quienes conocí, escuché y quise; a sus  
voces, sus leyendas, sus miedos y sus risas.*

*A los pueblos mismos que me vieron crecer  
y me dieron mil y una historias.*

*Dedicado a aquellas almas y espíritus  
que me poseyeron en las noches mientras  
escribía este libro.*



## Semillas

Todos los viejos tenemos un recuerdo que zumba como mosca contra el vidrio: no lo dejas escapar porque, si lo hicieras, el silencio te mataría primero que la vejez. El mío empezó en 1954, cuando mi hermano Julián y yo pasábamos los veranos en el rancho del abuelo Timoteo, a diez kilómetros de Villaseca. Él cuidaba un huerto de manzanos que aparecía, desde la carretera polvosa, como una mancha verde en medio de la sierra rojiza.

—No se traguen las semillas —nos repetía mientras afilaba la hoz—. Crecen adentro y luego hay que abrirlos en canal pa' sacárselas.

Nos lo decía con ese tono de voz entre broma y amenaza que usan los abuelos para que los nietos les crean. Yo, que siempre fui asustadizo, masticaba la fruta con cuidado. Julián, dos años menor y dos toneladas más valiente, se reía: *¡Puros cuentos, abuelo!*

Ahora me pregunto si Timoteo sabía más de lo que aparentaba: sus nudillos estaban llenos de cicatrices y nunca nos explicó por qué faltaba una lápida en el viejo panteón familiar detrás del maizal. Pero entonces solo me importaba terminar el verano sin que el Coco saliera de la acequia ni que las semillas me germinaran en la barriga.

\* \* \*

Corría la primera semana de agosto, esa en la que el aire huele a cáscara de nuez y agua estancada. Mi madre había regresado al pueblo por medicinas, dejándonos solos con el abuelo. Julián decidió que aquel atardecer robaría-

mos las manzanas de arriba; *las mejores*, decía, *las que no alcanzan los coyotes ni los borrachos*.

Trepamos por el tronco retorcido del árbol más viejo, “la Madreselva”, llamado así porque dos ramas principales se entrelazaban como brazos maternos. Desde arriba, el valle parecía un cuenco lleno de fuego púrpura. Julián arrancó tres manzanas de un tirón.

—A la cuenta de tres —propuso—. Una, dos...

Mordimos. El jugo nos resbaló por la barbilla. Yo fui escupiendo las semillas, una por una, como escupen los pistoleros sus balas antes del duelo. Julián no. Lo vi masticar con la sonrisita de siempre, ese gesto que usaba cuando quería retarme sin palabras. Él tragó a propósito; pude verlo en la nuez que descendía orgullosa por su cuello.

—No seas bruto —le espeté—. ¿Y si el abuelo tenía razón?

—Si me sale un árbol, me haces un columpio en las orejas —respondió, y se echó a reír.

Bajamos ya a oscuras, con la bruma de los grillos subiendo desde la hierba. Nadie nos vio. Nadie excepto la Madreselva, que se quedó susurrando hojas contra el viento, como si ensayara un lamento.

\* \* \*

La lámpara de petróleo parpadeaba sobre los retratos en sepia del salón. El abuelo afilaba todavía su hoz: «Mañana toca poda», dijo sin mirarnos. Julián se quejaba de un dolor sordo en la boca del estómago. Yo me acosté tembloroso en el catre compartido. Todavía recuerdo el olor a madera vieja y sudor infantil.

Hacia la medianoche, un sonido húmedo me despertó: *crac*. Un crujido interno, como hueso cuando lo muerde un perro grande. Julián se retorció. Algo movía su camión de manta por dentro, levantando bultos irregulares que viajaban de costilla a costilla. *Crac*. Otro chasquido. Le destapé la barriga: una raíz fina, blanca, atravesaba la piel del ombligo como aguja que asoma del costal.

Grité. El abuelo irrumpió armado con la hoz. Las paredes vomitaron sombras que parecían alacranes. Julián empezó a rasgarse la garganta de puro dolor; el sonido no parecía un grito humano, más bien era como un silbido de viento atrapado en tronco hueco.

La raíz se bifurcó en dos ramitas rojizas que empujaron la carne hacia afuera. Sangre y savia, mezcladas, olían a óxido fresco y manzana verde. Timoteo quiso cortar con la hoz, pero al acercarla, las ramitas se enroscaron en la hoja metálica y la hicieron vibrar. El viejo retrocedió santiguándose.

—¡Lázaro no resucitó entre los huesos, resucitó entre ramas! —balbuceó, y comprendí que él también tenía miedo.

Cuando el reloj marcó las tres —la hora en que, dicen, se desata el infierno—, el tallo principal abrió la caja torácica de Julián como quien parte pan dulce. Oí un *pop* visceral y vi costillas desparramarse con la naturalidad de leños secos. El árbol buscaba espacio, desesperado por luz que aún no llegaba.

Dos ramas gruesas salieron disparadas a la altura de los hombros, arrancándole los brazos al pobre. Los arrancó como se arrancan las hojas de un cuaderno. Julián chilló y después ya no, porque otra raíz le empujó la tráquea y la

masticó desde adentro. El catre crujía a juego con el pecho que explotaba en astillas humanas.

Yo me quedé paralizado, pero el abuelo actuó: metió la hoz al fuego, hasta que la hoja enrojeció. Se abalanzó sobre el tronco emergente —ya del grosor de un jarro— y trató de cercenarlo. El metal ardiente produjo un vapor dulzón que olía a sidra caliente y sangre coagulada.

El árbol chilló. ¡Lo juro! La madera recién nacida emitía un lamento agudo, mezcla de clarinete desafinado y llanto de bebé. Las ramas se retorcieron como serpientes incendiadas, golpeando paredes, tejas, muebles.

Una estaca se incrustó en mi muslo; otra le voló el ojo izquierdo a mi abuelo. El anciano cayó pero no soltó la hoz. Con un último esfuerzo, cortó al ras del estómago de Julián. Lo que quedó dentro siguió latiendo, intentando florecer. Lo que quedó fuera, un tronco bañado en vísceras, se apagó como vela sin mecha.

\* \* \*

El amanecer encontró la casa en ruinas: paredes tatuadas de savia negra, muebles atravesados por astillas, un techo con un boquete por donde asomaban las primeras hojas. Las gallinas se negaban a cantar. En el catre, Julián era un muñeco sin brazos ni voz, con el vientre abierto como mace-ta rota. El médico de Villaseca llegó horas después; se quedó blanco, rezó un Padre Nuestro y dictó certificado de muerte «por causas indeterminadas». Nadie habló del árbol que ya se secaba, arrugado como cordón umbilical abandonado.

Enterramos a mi hermano bajo la Madreselva. El abuelo dijo que la savia regresa a la savia, que así lo dicta-

ban los antiguos. Yo solo veía el hueco del ojo que la rama le había arrancado; allí dentro parecía germinar otra semilla, esta vez de pesadumbre eterna.

Mamá volvió esa tarde y gritó tanto que pensé que las nubes se partirían. Pero la versión oficial —la que contó el doctor, la que firmó el cura— era que Julián había caído sobre unos ganchos de poda. Un accidente. Las ramas amputadas se explicaban con lógica: «fue el hierro quien lo hizo». Solo el abuelo y yo cargábamos la verdad, un secreto que creció silencioso como maleza entre nosotros.

\* \* \*

He pasado la vida evitando las manzanas. Soy sastre; mis manos cosen telas, no podan árboles. He amado a una sola mujer y he tenido tres hijos; a ninguno le doy fruta sin antes quitarle el corazón con pinzas. Ellos me creen obsesivo.

Ahora los médicos dicen que mi cuerpo ya no resistirá otra diálisis. Me pregunto si, al morir, germinará algo dentro de mí: una flor triste, quizá, alimentada por el miedo que he regado durante décadas. Traigo guardada entre los pliegues del recuerdo la imagen final de Julián: tronco sanguinolento al que, antes de ponerse rígido, le brotó una yema diminuta, una promesa de hoja que nunca llegó a abrirse.

Esa yema aparece en mis sueños. La acaricio y suplica agua. Despierto con la boca seca, sabiendo que la historia morirá conmigo si no la cuento. Por eso la estoy dejando escrita, para que alguien, algún día, enseñe a sus niños a escupir las semillas. Que mastiquen la carne dulce de la vida, sí, pero que arrojen lejos el germen de la tragedia.

## La lechuza

La primera vez que la oí no le puse nombre. Nadie se lo pone al principio. Uno piensa que fue un pájaro raro, un gato en la lámina, el viento torcido en una esquina. El nombre llega después, cuando ya dejó algo abierto en la casa y ya no se puede tapar.

Eso fue en el rancho de mi abuela, allá por los rumbos de Madera, donde el frío baja temprano y la noche no entra de golpe, nomás se va pegando a los corrales, a los postes, al tejabán, hasta que cuando uno voltea ya no ve el cerro aunque lo tenga enfrente. La casa estaba sola en la orilla, apartada del resto, con un solar grande, dos encinos, un gallinero de malla parchada y un cuarto de lámina que usaban de bodega. Atrás empezaba el monte menudito, luego la subida de piedra y encino. Más abajo corría un arroyo flaco que en tiempo de secas parecía nomás una cicatriz negra.

Yo tendría once años. Mi primo Chon ocho. No era mi hermano, pero así crecimos, juntos, encimados, agarrándonos a pedradas en la tarde y durmiendo luego en el mismo cuarto porque a mi tía todavía le daba miedo dejarlo solo desde que enviudó. Se había venido a vivir con nosotros unos meses, decía, nomás en lo que se componían las cosas. Las cosas nunca se componen. Nomás se cambian de forma.

Chon era de esos que no nacen para tener miedo. De esos que no les alcanza la cabeza para imaginar lo malo antes de meterse donde no deben. Se trepaba a los encinos, le jalaba la cola al macho, le gritaba groserías a los borrachos de la brecha. Mi abuela lo traía a puro rezongo.

—No silbes en la noche. —No salgas cuando ya no se vea el corral. —Y si te llaman desde afuera, te aguantas. Aunque oigas a tu madre.

Eso último lo decía en serio. Nada de cuento para asustar. Lo soltaba y seguía en lo suyo, picando cebolla o cortando quelites, como si hablara del clima.

—¿Y por qué? —pregunté yo una vez, nomás por llevarle la contra. —Porque no todo quiere tu bien.

No explicó más.

En esos días nos levantábamos todavía de madrugada porque andaban pizcando maíz en unas labores más arriba, y mi tía se iba a ayudar. Mi abuela y nosotros nos quedábamos en la casa. Ya para la tarde regresaban todos con las manos heladas, oliendo a tierra y maíz golpeado. Ese jueves, me acuerdo bien, una de las gallinas apareció detrás del lavadero. Abierta. Tenía el buche volteado, las tripas afuera, el cuello intacto y el pecho apenas pellizcado. Ni coyote ni perro hacen eso. El coyote se lleva. El perro destaza. Eso estaba trabajado con paciencia, como si lo hubieran desnudado por puro gusto.

Mi abuela la vio, dejó la cubeta en el piso y se quedó callada un rato. Luego miró al techo. No al del gallinero. Al techo de la casa.

—Métenlas temprano —dijo.

Nomás eso.

En la noche no cenamos afuera, como a veces. Cerramos antes. Mi tía echó llave a la puerta del patio. Yo me acuerdo del silencio de esa hora porque no era un silencio

normal. Los perros de las casas vecinas ladraban a ratos, sí, pero lejos, como si no quisieran arrimarse más. En el solar nuestro no se oían ni los grillos. La lámina crujía con el frío y uno alcanzaba a oír el aceite hervir en la cocina, tan callado estaba todo.

Dormíamos en el cuarto del fondo. Chon y yo en una cama angosta; mi tía en otra, con la niña más chica; mi abuela en un catre junto a la puerta. El quinqué apagado. Apenas la lumbre moribunda del fogón, que de lejos pintaba un cuadro naranja en el corredor.

Yo no estaba dormido todavía cuando se oyó el primer raspón arriba.

Fue un arrastre leve. Uñas o algo parecido, caminando despacio sobre la lámina. Se detenía, seguía, se detenía otra vez. Chon me picó el brazo.

—¿Oíste?

Le dije que se callara. Mi abuela ya estaba despierta. No se movió, pero yo supe que estaba despierta porque dejó de roncar de un segundo a otro.

El ruido cruzó el techo hasta quedar sobre nosotros. Allí se quedó. Ni un aleteo. Ni un chiflido. Puro peso.

Luego se oyó la voz de mi tía desde el patio.

—Chon... tráete la cubeta.

Lo dijo igualito que ella. Cansada, un poco ronca, con ese jaloncito en la última sílaba. Yo sentí que se me encogía la panza. Mi tía estaba a menos de tres metros, dormida, con la niña pegada al pecho. Hasta su respiración se oía.

Mi primo levantó la cabeza.

—Amá...

Mi abuela estiró la mano a oscuras y le apretó la boca con una fuerza que no le conocía.

No dijo nada. Nomás lo agarró.

La voz volvió, ahora más cerca de la ventana.

—Mijo. Ándale. La cubeta.

Mi tía despertó entonces, confundida.

—¿Quién anda afuera? —dijo.

—Nadie —le cortó mi abuela—. Tú no hables.

El ruido del techo se movió de nuevo. Cruzó hasta la orilla, encima de la cocina. Después cayó algo al patio. Un bulto con plumas, pensé. Luego nada.

Nadie durmió ya. Cuando amaneció, salimos los cuatro juntos. Detrás del metate, donde barrían las migas para las gallinas, había una bola de plumas pegadas entre sí por una baba roja, espesa, todavía fresca. Parecía que alguien hubiera mascado un puño de aves y lo hubiera escupido allí. Los perros estaban metidos debajo del tejabán, quietos, con la cola entre las patas. No querían salir.

Mi abuela juntó las plumas con la pala y las aventó al fogón.

—No vayan al solar cuando oscurezca —dijo—. Y si oyen que les hablan, no sean pendejos.

Mi tía se santiguó.

—¿Es ella?

Mi abuela tardó en contestar. Metió más leña al fuego. Luego dijo:

—Ya anduvo tentando.

Ésa fue la primera vez que la nombraron.

Después de eso empezaron las voces.

Primero una, luego otra. No siempre en la noche. A veces al caer la tarde, cuando el monte se pone cenizo y las cosas pierden borde. A veces en la siesta. A veces nomás al ir al baño, cuando uno quedaba solo dos minutos en el corredor.

Yo oí a mi madre tres veces, aunque mi madre ni siquiera vivía allí. Estaba en Chihuahua capital, trabajando en casa ajena. La oí clarito desde el encino.

—Ven, mijo.

La voz viva, puesta en el aire, como si ella estuviera de pie del otro lado del tronco. No me moví. Tenía las piernas tiesas y el corazón bien recio, pero no me moví. La voz no insistió. Se fue apagando, como se corta el agua cuando cierran la llave lejos.

Chon sí volteaba cada vez que le hablaban. Una tarde dejó el trompo tirado porque oyó a su padre llamarlo desde la cerca. Eso fue lo que más me heló, porque su padre ya tenía un año enterrado. Se quedó mirando hacia el alambrado mucho rato, con esa media sonrisa tonta de niño que cree que le van a dar una sorpresa.

—Me habló mi apá —dijo luego.

—Tu apá está muerto, baboso —le dije.

—Pues por eso. Me habló triste.

Mi abuela le zampó un manazo en la nuca.

—Ni muerto ni vivo. Si te vuelve a hablar, te tapas las orejas o te las arranco yo primero.

Él nomás se sobó.

Esa misma noche la vimos.

Yo me levanté a mear al patio porque en ese entonces uno no pensaba mucho en ir solo. Abrí la puerta apenas, nomás para salir, y allí estaba, arriba del tejabán, donde colgaban los costales de maíz. Grande y ancha, recogida sobre sí misma, como ave mojada tratando de hacerse pequeña. La luna le daba de lado. Vi el cuello demasiado largo, las patas negras, muy finas, clavadas en la lámina, y la cara... la cara no era de pájaro. No alcancé a ver pico. Vi una boca hundida, de vieja, con algo húmedo brillándole en la orilla. Los ojos sí: redondos, inmóviles, amarillos como grasa.

Me vio.

No hizo nada. Ni abrió las alas. Nomás inclinó la cabeza, despacio, y abrió la boca. De allí salió la voz de mi abuela.

—Métete.

Se me cayó la vejiga del susto. Cerré la puerta de golpe. Entré llorando sin hacer ruido. Mi abuela no preguntó qué vi. Nomás me pasó un rosario que olía a sudor y a alcanfor.

Dos días después se llevó a Chon.

Fue casi al anochecer, que es peor porque todavía no se decide uno a tener miedo. Mi tía estaba en la cocina echando tortillas. Mi abuela desvenaba chile junto al fogón. Yo andaba en el corral tratando de destrabar una rueda vieja. Chon jugaba con un palo, pegándole a unos botes vacíos. La niña dormía adentro.

Entonces oímos a mi tía llamarlo desde atrás del gallinero.

—Chon, vente. Ayúdame con la leña.

La voz salió clarita. Mi tía estaba delante del comal, dándole vuelta a una tortilla.

Yo levanté la cabeza. Mi abuela también. No alcanzamos a hablar. El niño ya iba corriendo hacia atrás, por la parte del solar donde crecían los quiotes secos y la tierra se hundía un poco antes del monte.

Mi abuela fue la primera en gritar.

—¡No!

Pero ya tarde.

Corrimos los tres. Yo todavía alcancé a verlo detenerse junto al montón de leña, mirando hacia arriba, con la boca entreabierta. Luego algo cayó del encino, desde mitad del tronco, un bulto gris, rápido, con alas o faldones, no sé. Le pegó por detrás. Los dos rodaron fuera de vista, entre las pencas.

Lo que siguió fue Chon gritando con una voz que no le conocíamos, aguda, rajada. Algo aleteando o arrastrándose entre las hojas secas. Mi tía tirando el comal, mi abuela agarrando el machete sin siquiera quitarle el trapo del mango. Yo me quedé plantado un segundo que todavía me pesa.

Cuando llegamos al hueco donde había caído, ya no estaba ella. Había plumas sueltas, una que otra pegada con sangre en las piedras, y mi primo atorado entre dos magüeyes, vivo todavía.

No olvido cómo se veía.

Tenía el cuero cabelludo medio desprendido de un lado y el pelo pegado de sangre al quiote. Un ojo se le estaba cerrando de lo hinchado. El otro seguía abierto, pero como sin reconocer nada. Los labios no estaban completos; le faltaban pedazos de arriba y de abajo, mordisqueados o arrancados a tiras. La lengua casi se la había llevado: quedaba un muñón oscuro brincándole dentro de la boca. En el pecho traía hoyos pequeños, muchos, sobre todo en las clavículas y en las axilas, como picoteado. En el muslo derecho le faltaba un lonjón de carne de unos cuatro dedos de ancho. Arrancado. Las uñas de los pies no las traía. Ni una.

Mi tía cayó de rodillas y quiso cargarlo. Mi abuela la hizo a un lado.

—No lo levantes de trancazo.

Lo sacaron entre las dos, muy despacio. Él seguía queriendo hacer sonidos, pero nomás le burbujeaba la sangre por la boca. Yo me acuerdo de haberle visto la mano: estaba entera, salvo el dedo medio, que venía abierto hasta el nudillo, como si hubiera querido meterlo en una boca para defenderse y esa boca se lo hubiera masticado.

Lo metimos a la casa. Mi abuela no llamó al médico. Allá no se llamaba a nadie por cosas así. Sabía que nadie iba a venir a tiempo y, quizá, sabía también que no había modo de explicar aquello sin que el pueblo se nos metiera hasta la cocina. Le lavó las heridas con agua hervida y sal. Le cosió donde se podía coser. Le puso claras de huevo en la cara, grasa de borrego en los bordes más feos, rezó a ratos, calló más.

Mi primo no murió esa noche. Eso fue lo peor.

Duró tres días.

Tres días oliendo a sangre vieja, a carne abierta, a sudor frío. Tres días tragando nomás calditos colados por la comisura sana. Tres días con el ojo bueno fijo en alguna parte detrás de la pared. No dormía casi. Cuando caía rendido, de pronto se incorporaba de golpe como si algo lo jalara desde afuera. Entonces empezaban las voces.

Mi tía estaba cabeceando sentada junto a él cuando desde la cama salió la voz de la niña, exacta, pidiendo agua. La niña dormía en el otro cuarto. Mi tía se quedó tiesa. Mi abuela alzó la cara.

Después salió mi voz.

—Amá, ábreme.

Yo estaba junto al fogón.

Sentí que se me vaciaba el cuerpo. Chon tenía la boca abierta, la lengua hecha un trozo negro allá adentro, y de esa ruina seguía saliendo la voz mía, con mi tonito y todo. Lo intentaba otra vez y salía la de mi tía. Luego una que nadie reconoció. Luego la del padre muerto.

Mi abuela se levantó, agarró el rosario, se lo metió en la mano y se la cerró a fuerza.

—No lo oigan —dijo—. Ya le dejó el llamado metido.

Mi tía empezó a llorar, sentada en el piso.

Las noches siguientes fueron peores porque ella regresó por lo suyo.

Primero en el techo. Luego en la ventana. A veces en el encino. Nunca la veíamos bien, pero la casa la sentía.

La lámina se pandeaba. Los perros se orinaban debajo del tejabán. La niña lloraba dormida. El aire se enfriaba de repente, aunque afuera todavía no apretara tanto.

Mi abuela hizo lo que supo. Colgó tijeras abiertas detrás de la puerta. Echó sal en los marcos. Quemó ocote y pelo de burro. Puso un vaso con agua y un machete debajo de la cama de Chon. Mi tía rezaba. Yo me hacía el valiente, pero ni al excusado salía solo.

La tercera noche después del ataque ella tumbó una lámina.

La levantó lo suficiente para meter primero una mano. Sí, una mano. No garra. Mano de vieja, larga, huesuda, con uñas negras y curvas. Se prendió del borde del techo y jaló. Luego asomó la cabeza, inclinada de lado para caber. Las plumas alrededor del cuello parecían pelo sucio pegado con agua. Los ojos, esos sí, duros como monedas viejas. La boca se abrió y desde allí salió la voz de mi tía, suave, cansada:

—Mijo, ya vengo.

Mi tía se desbarató del puro terror.

Chon empezó a hacerle segunda desde la cama con la misma voz. La misma.

Mi abuela le echó las brasas del anafre con la pala. La cosa se hizo para atrás apenas, lo suficiente para no quemarse de lleno. Chilló. Un chillido fino, rajado. Y volvió a meterse.

Ahora sí la vimos bajar casi entera. Las patas dieron primero en el buró, luego en el piso. Un ala o brazo, no sé, pegó contra la pared y tiró una foto. Olía a gallinero viejo, a monte húmedo. La piel de la cara no la traía bien pegada.

Por debajo de un ojo se le veía la carne ceniza.

Mi abuela le tiró el machetazo. No le pegó donde quiso. Le abrió el hombro. Allí, bajo las plumas ralas, no salió sangre colorada. Salió una cosa negra, espesa, más parecida a chapopote tibio. La lechuza se le fue encima.

Caminó rápido, de lado, con esa soltura espantosa de las aves grandes. Le tiró un picotazo al rostro y le arrancó de cuajo el lóbulo de la oreja izquierda. Mi abuela ni gritó. Le metió el machete otra vez, ahora sí en la costilla. Sonó como cuando uno pega en un palo verde. La cosa chasqueó la boca y se volvió hacia la cama.

Allí fue donde entendimos para qué había vuelto.

Venía a terminar a Chon.

Se le subió encima antes de que mi tía pudiera alcanzarlo. Hundió la cabeza en el cuello del niño y empezó a jalar. Salió un trozo largo y oscuro de adentro: la tráquea o algo de ahí. Mi primo se arqueó con un sonido que le salió por el puro hueco de la garganta. La sangre saltó a la pared, a las cobijas, a las piernas de mi tía.

Mi tía se le echó encima a golpes. La lechuza ni la miró. Metió una mano dentro del pecho del niño por uno de los hoyos viejos de las clavículas, rasgó hacia abajo y abrió. Así de fácil. La piel ya venía blanda de fiebre y de picoteo. Se abrió desde el esternón hasta arriba del ombligo. Vi las costillas, el bofe latiendo todo apretado, una espuma roja llenándole el hueco.

Entonces sí me moví. Agarré el palo del metate y le pegué con todo en la cabeza. El golpe la hizo voltear. Me vio. Tenía un pedazo del pulmón de mi primo colgándole

de la boca. Lo masticó una vez, dos, sin dejar de verme. Luego se lo tragó.

No sé de dónde saqué valor para pegarle otra vez. Le di en el cuello. La quebré o no sé, algo sonó. Mi tía aprovechó y le enterró unas tijeras en el ojo izquierdo. Allí sí chilló fuerte. Se sacudió, tiró el cuerpo de Chon al piso y se me fue encima a mí.

Sentí las uñas entrarme en el hombro y luego la boca en la mejilla. No cerró bien, gracias a Dios o a lo que fuera. Nomás alcanzó a arrancarme un pedazo chico de carne junto a la oreja. El dolor me tiró. Caí de espaldas. Ella se me subió en el pecho y allí, de cerca, le vi detrás de las plumas del cuello traía otra piel, como si la de ave no le acabara de tapar lo humano. Se le veía un pedazo de garganta vieja, arrugada, y latiéndole.

Mi abuela la remató con el machete allí.

Se lo dejó caer en esa garganta.

Le abrió el cuello hasta media pechuga. La cabeza quedó colgando apenas de un lado, las plumas y la piel sostenidas por tiras oscuras, aleteó una vez, regó esa sangre negra en la pared y todavía quiso arrastrarse hacia donde estaba Chon tirado, abierto.

Mi abuela volvió a darle. Luego otra vez. Luego otra.

Yo me quedé en el piso, tapándome la cara y viendo por entre los dedos cómo el cuerpo se hacía cachitos.

Cuando por fin dejó de moverse, se oyó otra vez la respiración de la casa. El fuego del fogón. La niña llorando en el cuarto de junto. Mi tía encima de mi primo, apretándole el pecho con las manos, queriendo regresarle algo que

ya no estaba. Mi abuela parada con el machete escurriendo, sin soltarlo todavía, por si aquello se armaba otra vez.

Chon no duró ni media hora más.

No cerré sus ojos yo. Ni pude. El que todavía le servía estaba tan hinchado que ya casi se había cerrado solo. Mi tía le sostuvo la cara como pudo mientras mi abuela le amarraba una sábana alrededor del cuerpo para que no se siguiera abriendo. Porque sí: aunque ya se estaba yendo, la rajada del pecho se le seguía abriendo por el propio peso, sacándole de a poco el calor.

A la lechuzca no la enterramos cerca. Mi abuela no quiso. La arrastramos entre ella y yo hasta un claro del monte, donde se tiraban animales muertos. Pesaba menos de lo que uno pensaría. Ya sin esa cosa viva encima, era puro hueso, cuero, pluma mojada. La echamos en un hoyo con petróleo y ocote. Tardó en prender. Cuando por fin agarró bien, olió a cabello, a uña, a gallina y a algo peor que no conocí hasta que fui hombre y vi quemarse carne humana.

Mientras ardía, la cabeza, ya casi desprendida, se volteó tantito por el puro calor. La boca se abrió. Yo pensé que iba a salir un grito, una maldición, algo. No salió nada. Nomás un buche de humo espeso y dulce.

A Chon lo velaron poco. Nadie quería estar en la casa cuando cayera la tarde. El padre vino del pueblo con el cajón ya hecho, nomás a preguntar cómo había sido. Mi tía le dijo: “un animal”. Nadie pidió más detalle. En los ranchos la gente sabe cuándo no conviene escarbar en la explicación.

Esa misma semana taparon la lámina rota, arreglaron el corral, compraron gallinas nuevas. Lo de siempre. Las cosas siguen, aunque uno no quiera.

A mí se me tardó años en quitar la costumbre de voltear cuando me llamaban al anochecer. Luego ya no volteaba, pero seguía oyendo. De vez en cuando, en cualquier patio, en cualquier techo, si una lámina cruje raro o un pájaro se para donde no debe, se me viene la misma claridad a la sangre. La misma que me dio aquella noche, cuando lo vi a él con la boca despedazada y el ojo bueno buscándonos desde el suelo.

Mi tía no volvió a vivir con nosotros. Se fue a Cuauhtémoc con una hermana. Mi abuela duró todavía unos años. Nunca volvió a hablar de la lechuza. Ni falta que hacía. Cada vez que oía un tecolote de noche se levantaba a revisar puertas y ventanas aunque ya estuviera sola.

He visto muertos de todos modos. De accidente, de pleito, de vicio, de enfermedad. Ninguno se parece a un niño al que algo llamó con voz querida para irlo comiendo por partes. Eso tiene otra clase de crueldad.

Anoche, sin ir más lejos, estaba en el cuarto de atrás, ya acostado. Mi mujer se había dormido primero. Lloviznaba. La lámina sonaba menudito. Entonces oí que desde el patio me hablaron con la voz de Chon. Limpia. Burlona. Como cuando venía corriendo a enseñarme una lagartija o a pedirme la resortera.

—Vente.

No me paré.

Me quedé quieto, sintiendo el pecho trabajar despacio, oyendo la lluvia. La voz no insistió. Al rato la lámina volvió a crujir, como si algo ligero hubiera brincado del techo al encino.

## No jueguen junto a la noria

A esa hora de la tarde el patio se partía en dos: la mitad en sol duro, blanco, donde las gallinas abrían el pico del calor, y la otra mitad ya en sombra, fresca y olorosa a piedra mojada. La noria quedaba justo en medio, redonda, quieta, con el brocal de piedra sudado de humedad y el cubo de lámina colgando torcido de una cuerda vieja, negra de tantas manos y tantos años de agua. Alrededor, el piso estaba liso de puro pie descalzo, resbaloso en ciertas partes por una lama fina que ni se veía hasta que ya te había puesto de nalgas.

Los tres primos andaban allí porque siempre andaban allí.

Mili tenía diez y era la que mandaba. Porque hablaba primero y pensaba después. Beto, nueve, era de esos niños secos, flacos, con los codos siempre raspados y una costra nueva en alguna parte de la cara. El Chore tenía ocho y todavía se le notaba lo chico en ciertas cosas: se reía más fuerte, corría peor, le duraba menos el miedo.

La abuela les había dicho mil veces que no jugaran junto a la noria.

—No anden de babosos ahí. Está honda.

No decía “está honda” por adornar. Lo decía con ese tono serio que usan los viejos cuando el peligro no necesita explicación. Si les preguntaban cuánto, contestaba siempre lo mismo:

—Lo suficiente.

La cuerda rechinó cuando Mili le dio una vuelta al cubo.

—Nomás tantito —dijo, mirando hacia la cocina para ver si alguien las estaba viendo.

No había nadie. La abuela molía chile adentro, la tía Sebastiana lavaba ropa en el arroyo de más abajo y los hombres seguían en el monte, cortando leña. El patio era de ellos. El calor, el silencio, la piedra húmeda, todo.

Beto se asomó primero. Apoyó la barriga en el brocal y dejó caer la cabeza.

—No se ve nada.

—Hazte —dijo Mili—. Tú siempre te asomas nomás poquito.

Lo apartó con la cadera y se inclinó más. El agua estaba lejos. No se le veía el brillo entero; se veía un redondo negruzco, quieto, con una gasa de luz bailándole encima. Olía a agua vieja, a piedra fría, a fierro mojado. Había una ranita pegada en la pared de adentro, inmóvil, verde oscura.

—Aviéntale algo —dijo el Chore.

Beto buscó una piedrita blanca y la soltó. Los tres contaron sin querer, con la boca entreabierta.

Uno.

Dos.

Tres.

Hasta el cuatro cayó el chasquido.

—Sí está honda —murmuró Beto.

Eso en vez de asustarlos los picó más.

Mili sonrió de lado.

—A que no le escupes y le atinas al centro.

El Chore se subió al brocal nomás para hacerle segunda. Se agarró con ambas manos de la piedra y escupió. La saliva bajó dando tumbos por el aire y se perdió antes de tocar el agua. No se oyó nada.

—No cayó. —Sí cayó. —No. —A que sí.

Entonces el Chore gritó hacia abajo, más por juego que por otra cosa:

—¡A que no me escupes tú!

Los tres se rieron. La risa se metió al hoyo y tardó en apagarse.

Luego, desde abajo, se oyó un golpecito.

Un *toc* breve, como si alguien le hubiera pegado al agua con el dedo.

Los tres dejaron de reírse al mismo tiempo.

Beto se incorporó primero.

—Fue la piedra.

—No fue la piedra, menso —dijo Mili, aunque a ella también se le había ido la sonrisa.

El Chore siguió asomado. Hacía eso siempre que algo lo asustaba: en vez de retroceder, se iba más adentro, como si pudiera entenderlo mejor de cerca.

—Hay algo.

Mili le jaló la camisa.

—Quítate.

Se asomó otra vez. La ranita ya no estaba pegada a la pared. El agua seguía quieta, pero ya no se veía tan negra. Se veía espesa. Más abajo del reflejo del cielo se movía algo claro. No subía. No bajaba. Flotaba.

—Es la cuerda —dijo Beto.

No era la cuerda.

Parecía cabello.

Mili se enderezó de golpe.

—Vámonos mejor.

—Ay, ya te dio —dijo Beto.

No se fueron.

Se quedaron inventando valor, que es la manera más tonta que tienen los niños de seguir donde no deben. Bajaron el cubo. La polea lloró despacito. La cuerda se fue soltando y el cubo giró sobre sí mismo a mitad del pozo, golpeando aquí y allá contra la pared de piedra. Abajo tardó en asentarse. Luego se oyó el llenado: un *glup*, otro, luego el chapoteo parejo de la lámina acomodándose.

—Súbelo —dijo el Chore.

Entre los tres jalaron. El cubo venía más pesado de lo normal, pero el peso no era de agua sola. A ratos se atoraba. A ratos subía de golpe. Mili sintió un jaloncito extraño del otro lado de la cuerda, como si alguien abajo lo estuviera ayudando o deteniendo. No dijo nada. Siguió jalando con las manos ya ardiéndole.

Cuando el cubo asomó al fin por encima del brocal, los tres se quedaron mirándolo.

Venía lleno hasta la mitad. Agua oscura, hojas viejas... y arriba, flotando, la ranita muerta.

Tenía el lomito abierto en dos, como si la hubieran apretado con las uñas.

El Chore hizo un gesto de asco.

—Guácala.

Beto metió un palo y quiso sacarla. La ranita se volteó. Del vientre le salieron dos hilitos de sangre que se mezclaron con el agua.

Entonces el cubo dio un golpecito seco desde adentro.

Los tres se apartaron.

No fue que algo saltara. Fue que la lámina se movió sola, hacia un lado. Luego hacia el otro. El agua se movió. En la superficie se abrieron círculos pequeños. Algo estaba tocando por debajo.

Mili agarró el cubo y lo volcó de un chingazo sobre la piedra.

El agua se desparramó a sus pies. La ranita cayó hecha un coágulo verde y rojo. No salió nada más.

Beto soltó el aire y se quiso reír.

—Andas bien loca.

Mili no le contestó. Se quedó viendo el charco correr entre las piedras. El agua de la noria nunca olía a nada fuerte, pero esa vez traía un olor raro, como a tierra recién escarbada y pelo mojado.

Adentro de la cocina, la abuela gritó:

—¿Qué andan haciendo ahí?

—Nada —respondieron los tres juntos.

—Pues ese nada me lo dejan en paz y se me salen de junto la noria.

Mili hizo una mueca. Beto se fue hacia el árbol. El Chore pateó la ranita muerta y se le quedó pegada a la suela.

Parecía asunto acabado. Pero a los niños el susto les dura poco.

Una hora después ya estaban otra vez ahí.

Ahora jugaban a las escondidas. El patio grande, el machero, el gallinero, el corral, todo les servía menos la cocina porque allí sí la abuela los reventaba. Le tocó contar al Chore. Se puso contra el tronco del árbol, se tapó los ojos con los antebrazos y empezó:

—Uno, dos, tres...

Mili corrió hacia el machero. Beto se metió detrás del lavadero. El sol ya iba de bajada y la sombra de la noria era más grande que hacía rato. La cuerda colgaba quieta, todavía húmeda del cubetazo. Cuando el Chore iba en el catorce, se oyó desde el pozo la misma cuenta, pero más bajita.

...quince, dieciséis...

El niño abrió los ojos.

No se movió. Pensó primero que era Beto haciéndose el chistoso. Volteó al lavadero. Beto estaba allí, agachado, mordiéndose el puño para no reírse.

...diecisiete, dieciocho...

El Chore se quedó viendo la noria.

La voz no era voz de grande. Era de niño. Igualita a la suya, nomás aguada. Como si tuviera el agua en la garganta.

—Mili —dijo sin subir mucho el tono.

No le contestaron.

...diecinueve, veinte...

Entonces sí gritó.

—¡Mili!

Ella salió de detrás del machero enojada.

—¿Qué?

—Allá.

Beto también se arrimó. Los tres se quedaron oyendo.

Nada.

—Deja de andar chingando —dijo Mili.

—No fui yo.

—Pues no le sigas.

El Chore tenía ya la piel de gallina en los brazos. Quiso alejarse, pero en esas vio algo en el brocal: su canica azul. La que había perdido hace una semana. Se acercó.

—Mira.

La canica estaba allí, mojada, brillante, quietecita en la piedra, como si alguien la hubiera dejado justo al borde para que la viera.

Beto la agarró.

—Es la tuya.

—Sí.

Levantaron la vista al mismo tiempo hacia la boca de la noria.

Allá abajo, muy abajo, algo golpeó otra vez el agua con un dedito paciente.

Ya para entonces el aire había cambiado. Había bajado tantito el fresco de la sierra y el patio empezaba a oler a humo de leña, a ropa mojada, a tierra enfriándose. La hora en que los niños deberían haberse lavado las manos y callado un poco. La hora en que todo lo del día empieza a perder la gracia.

—Métanse ya —gritó la abuela desde la cocina—. Y ni uno se me arrime a esa chingadera.

Ahora sí obedecieron. Entraron. Se sentaron en la mesa. Comieron frijoles, tortillas, queso seco. La abuela rezongó porque traían los tenis llenos de lama. Mili dijo que era del lavadero. Beto bajó la cabeza. El Chore casi no probó bocado.

Cuando se hizo de noche, el viento se metió por la rendija de la puerta con ese frío ligero que raspa primero la nuca. Cenaron más de prisa. Los hombres todavía no llegaban. La tía Sebastiana regresó del arroyo y se puso a exprimir la ropa en el corredor. La niña más chica lloró en la cuna. La casa se llenó de ruidos conocidos y eso les bajó un poco el miedo.

Hasta que el Chore, ya con la cuchara en la boca, dijo:

—Allá abajo hay un niño.

Nadie habló en seguida.

La abuela dejó la tortilla a medio doblar.

—¿Cómo?

—En la noria.

—No estés inventando.

—No estoy inventando —insistió él, con los ojos ya aguados del puro miedo de no saber explicarse—. Me estaba contando.

Beto se ríó por lo bajo. La abuela le soltó una mirada que lo secó.

—¿Qué más viste?

—Nomás el pelo. Y luego me devolvió mi canica.

La cocina se quedó quieta. La leña siguió tronando en el fogón, pero todo lo demás se aquietó, como si alguien hubiera puesto la mano sobre la casa.

La tía Sebastiana se persignó.

—No me estés saliendo con cochinas. —Yo no fui —dijo el niño—. Él estaba abajo.

La abuela lo regañó. Se levantó despacio, se limpió las manos en el delantal y fue por una bolsita de sal que guardaba en la alacena.

—Nadie sale ya —dijo—. Y tú tampoco hablas.

Le amarró al Chore un escapulario viejo en el cuello y lo mandó a dormir con los otros dos en el cuarto de adentro. Mili se le pegó a Beto por primera vez en mucho tiempo. El cuarto olía a cobijas guardadas y a madera vieja.

Desde la cama se alcanzaba a ver por la ventana la sombra redonda de la noria en el patio.

A media noche despertó Beto.

No supo por qué. Se quedó acostado, quieto, con los ojos abiertos a la oscuridad, hasta que oyó el ruido. Venía del cuarto.

Agua.

Poquita, nomás lo suficiente para ir goteando sobre el piso de tierra.

Volteó. El Chore no estaba en su petate.

Sintió que el corazón se le iba hasta la garganta. Se sentó de golpe. Mili seguía dormida, o eso parecía. Beto la sacudió.

—Mili.

—¿Qué?

—No está.

Ella tardó un segundo en entender. Luego se incorporó también. Las dos miradas se fueron a la puerta entreabierta.

El goteo seguía.

Salieron al corredor descalzos, con la respiración chiquita. La cocina estaba apagada. La abuela dormía sentada, vencida sobre la mesa. La tía también, recargada en la pared. El candil chisporroteaba casi muerto.

La puerta del patio estaba abierta.

Afuera la noche estaba pálida, con una luna aguada que apenas pintaba las cosas. La noria se veía más grande. Sobre el brocal estaba sentado el Chore, quieto, de espaldas a la casa, con los pies colgando hacia adentro.

—Bájate —susurró Mili.

El niño no volteó.

—Bájate, pendejo —dijo Beto, más fuerte.

Entonces el Chore habló. Habló soñando.

—Dice que si no entro yo, sube él.

La piel se les hizo de agujas.

Mili avanzó primero. Por puro impulso de sacar al primo de allí antes de que la abuela despertara y se armara otro regaño. Dio dos pasos. Tres.

El cubo empezó a subir solo.

La cuerda rechinó como jalada por una mano fuerte. Subía a tirones, acompasada, como si alguien abajo estuviera trepándolo.

Mili se quedó clavada en el lugar.

El cubo asomó por encima del brocal, escurriendo agua negra.

Venía lleno hasta el borde.

Adentro no había rana ni hojas.

Había un mechón de cabello largo, pegado a un pedazo de cuero cabelludo blanco, recién arrancado.

Mili pegó el grito. Eso despertó a todos.

La abuela salió primero, ya con el rosario en una mano y el machete en la otra. Vio al niño sentado en el brocal, vio el cubo, vio a los otros dos helados junto al lavadero, y por primera vez en mi vida le conocí la cara de terror.

—¡No se arrimen!

El Chore se volteó hacia ellos.

Traía la cara mojada.

Abrió la boca y de allí le salió un chorrito oscuro por la barbilla.

—Está frío —dijo.

Y se fue para atrás.

No dio tiempo ni de alcanzarle la camisa.

Cayó con un golpe sordo contra la pared de piedra, luego otro, más abajo, y al final el agua sonó como si hubiera recibido un costal.

La tía Sebastiana soltó un alarido tan fuerte que los perros del otro patio empezaron a ladrar. Beto corrió hacia el brocal. La abuela lo agarró del cuello de la camiseta antes de que se aventara también.

—¡No!

—¡Sáquenlo!

Abajo no se oía nada. Ni chapoteo. Ni grito. Nada.

Mili estaba temblando. No lloraba todavía. Tenía los ojos fijos en la boca de la noria.

Entonces se oyó al Chore.

—Mili.

Salió claro.

—Mili. Vente.

La niña dio un paso.

La abuela intentó tomarla de un brazo. Demasiado tarde.

Mili cayó de rodillas contra el brocal. Se raspó toda la espinilla. Gritó. Beto se le aventó encima para detenerla. La abuela les tiró el machetazo. Le pegó a la mano.

La mano se soltó.

Pero del agua ya venían otras dos.

Una agarró a Beto del tobillo. La otra se prendió de la muñeca de Mili. La piedra se llenó de agua negra de repente, como si el pozo hubiera escupido. Los niños patinaban. La tía llegó tarde, agarrando aire y rezos. La abuela les sujetó los brazos con una desesperación que ya no tenía fuerza de vieja.

No sirvió.

Primero se fue Mili.

La mano del pozo la jaló de lado. La cabeza le pegó en el brocal con un tronido seco. El cuerpo entero se dobló y desapareció como tragado. La última imagen que Beto vio fue la trenza de su prima, girando una vez en el aire antes de irse detrás del borde.

Beto alcanzó a meter los dedos en una rendija de piedra. La uña del pulgar se le abrió hasta la raíz. La mano mojada seguía jalando. La abuela lo abrazó por la cintura. La tía le agarró la otra pierna. El niño chillaba sin aliento.

Y abajo, muy abajo, el Chore se reía.

La piedra estaba tan resbalosa que la abuela perdió pie. Se fue de rodillas. Beto sintió que la cintura se le zafaba. Lo último que hizo fue voltear a ver a la abuela. Ella traía sangre en la boca de morderse la lengua del esfuerzo.

Luego también se fue.

Desapareció con un solo jalón, arrancando a la abuela de las manos. El zapatito quedó arriba, atorado en una grieta del brocal.

Ya no quedaba más que la tía, de rodillas, arañando la piedra, gritando nombres. La noria respondió con puro silencio. Uno largo, pesado, sordo, como si abajo se hubieran acomodado las cosas.

La abuela se quiso aventar. La tía la abrazó por detrás. Cayeron las dos. Se revolcaron en el piso mojado, gritando, mordiéndose de la desesperación. Cuando por fin llegaron los hombres del monte, las encontraron así.

Trajeron sogas. Ganchos. Faroles. Bajaron a uno amarrado por la cintura, con una lámpara de petróleo. Tardó mucho en tocar agua. Más de lo que todos juraban que medía el pozo. El hombre subió primero con una cara que nunca se le borró.

—Están atorados.

No quiso decir más.

Bajaron otro. Luego los dos juntos. El trabajo de sacarlos duró hasta el amanecer.

Primero subieron al Chore. Venía con la cara raspada de un lado, la piel del hombro hecha una flor de carne le-

vantada. La boca la traía abierta y llena de lama, piedritas lisas y dos renacuajos vivos que saltaron sobre la piedra cuando lo acostaron. Las uñas de las manos no las traía. Los dedos estaban desollados hasta la segunda falange, de tanto rascar la pared por dentro.

Mili salió después.

La trenza seguía, pero el cuero cabelludo se le había quedado por partes en la piedra. Tenía un ojo salido, colgándole contra la mejilla. La lengua mordida casi hasta separarse. Las rodillas hechas pulpa. En el vientre le marcaron cinco moretones negros, claritos, en forma de dedos. Como si algo la hubiera sujetado por dentro del agua.

Beto fue el último.

Venía doblado en un hueco del pozo donde nunca debió haber. Para sacarlo tuvieron que jalar entre dos, y al hacerlo se le descarnó la espalda contra la pared. La piel se quedó pegada en manchas largas, blanquecinas. Traía en la garganta atorado el cordón del escapulario del Chore. Lo sacaron con dos dedos y detrás salió una mata de cabello ajeno, negro, larguísimo, que no era de ninguno de los tres.

La tía se desmayó cuando lo vio.

La abuela se arrodilló junto a los cuerpos, uno tras otro, y les fue cerrando la boca con la palma. Le temblaban las manos, pero no lloró. Todavía no.

Los velaron los tres juntos en la sala, con sábanas hasta el cuello y veladoras alrededor. Afuera, los hombres vaciaron la noria hasta donde pudieron. Sacaron cubos y cubos de agua, lama, ramas, sapos, basura vieja. Nunca

dieron con el fondo. Siempre había más. A ratos subía un olor a pelo mojado. A ratos, entre el agua, aparecían cosas que nadie quiso tocar: una peineta rota, un muñeco sin cabeza, un huesito de mano muy chiquito, viejo, pulido por el agua.

La taparon ese mismo día con tablones y tierra.

A la semana la abrieron otra vez porque la tierra se había hundido al centro, como si algo desde abajo estuviera respirando. Entonces la abuela mandó traer piedras, cal, mezcla, lo que fuera. La sellaron hasta dejarla ciega. Encima hicieron un cuadro de cemento y pusieron una cruz de fierro.

Allí se quedó.

La casa no volvió a sonar igual.

Los niños muertos no se llevan el ruido con ellos, eso es mentira. Se quedan las canicas bajo los muebles. Los zapatos mal puestos. Las marcas de dedo en las puertas. Lo que se llevan es otra cosa: el descuido. Desde entonces todo se empezó a hacer mirando de reojo.

La tía Sebastiana ya no durmió bien. Se levantaba en la madrugada a revisar el patio aunque la noria estuviera sellada. A veces amanecía sentada junto al cemento, con la falda mojada hasta la rodilla, sin acordarse de haberse salido de la cama. A veces se oía llorar bajito frente a la cruz, como si allá abajo alguien le contestara.

La abuela envejeció en un mes.

Nunca volvió a decir “está honda”. Ya no hacía falta. Nadie se acercaba.

Pero una cosa sí pasó, y eso no se lo cuento a cualquiera porque luego creen que uno le mete más de la cuenta. A los cuarenta días, cuando todavía olía a flor marchita dentro de la sala, amanecieron tres huellitas mojadas sobre el cemento de la noria.

Nomás marcas pequeñas, de niño, descalzas, con lama entre los dedos.

La abuela no dijo nada cuando las vio. Nomás se sentó en la silla del corredor, volvió la cara hacia el patio y se quedó allí toda la mañana, mirando la cruz.

A la noche se oyeron las canicas.

Rodando debajo de la cama. Una, dos, tres. Chocando despacito entre sí.

No había canicas en la casa desde que enterraron a los muchachos. La tía había barrido todo. Todo menos eso, al parecer.

Vivimos todavía un tiempo allí porque los pobres no se largan así nomás del lugar donde se les pudrió la vida. Un día se fue la tía con unos parientes. Luego la abuela. Luego los hombres vendieron el terreno y cada quien agarró por su lado. La casa se quedó sola. No sé cuántos años duró antes de caerse. Tampoco quise volver a ver.

Lo que sí sé es que la noria seguía abajo.

Eso me lo dijo un albañil muchos años después. Le tocó tumbar el patio para hacer otro cuarto. Bajo la plancha de cemento hallaron otra vez la boca redonda, intacta, como si nada la hubiera rellenado nunca. Dijo que el patrón quiso aprovecharla, volver a sacar agua. Quitarle las piedras, bajar el cubo nuevo, usarla. El primer día que

abrieron, subió flotando una canica azul. El segundo, otra verde. El tercero, una mano de niño.

No me preguntó si yo conocía la casa. Nomás me lo contó en una tienda, por puro gusto de platicar espantos. Yo no le dije nada. Pagué mi pan, agarré cambio y me salí antes de que me enseñara una foto que juró traía en el celular.

A veces sueño con ellos.

Pero sueño la otra parte. El momento que no vi, pero que ya me inventó la cabeza tantas veces que terminó pareciendo recuerdo. Los tres allá abajo, golpeándose entre sí en la oscuridad, tratando de sacar la cara, de patear, de agarrarse a la pared lisa mientras algo en el agua les iba tocando los pies, las rodillas, la panza, la boca. Algo que no estaba ahogándolos de golpe. Algo que jugaba.

En el sueño siempre alcanzan a ver, abajo de ellos, más hondo todavía, una rueda pálida, quieta. Tres caras de niño pegadas en el agua, esperando que caiga la cuarta.

No sé si así fue. No quiero saber.

Lo único que tengo claro es el sonido de una cuerda vieja tensándose sola en medio de la noche. Ese sonido no se olvida. Ni el de unas canicas rodando donde ya no vive nadie.

## Lagañas de perro

Rita metió el dedo con mucho cuidado. Lo hizo despacito, con la misma delicadeza con que antes le quitaba a la abuela las semillas de chile de las uñas o le desenredaba las trenzas. La abuela estaba dormida en el catre del corredor, cansada de tanto calor, con la boca abierta y un paño húmedo en la frente. Rita se le sentó a un lado, le bajó el párpado de abajo con el pulgar y dijo:

—Trae lagaña.

Yo estaba en la puerta de la cocina, con la taza de café en la mano, viéndola nomás porque desde hacía dos días no le quitaba el ojo de encima.

La abuela ni siquiera despertó cuando Rita metió la yema del dedo en la cuenca.

Se oyó un ruido leve, como cuando se despega un durazno demasiado maduro de la rama. El globo salió entero, pálido, surcado de venitas, y quedó un segundo suspendido, sujeto todavía por un hilo brillante. Rita lo miró con la cabeza de lado, curiosa, casi contenta.

Luego sonrió.

Y se lo llevó a la boca.

Primero lo acomodó entre la lengua y el paladar, como si quisiera sentirle la forma. La abuela se despertó allí, con la mitad de la cara ya llena de sangre y el hueco abierto, negro, respirándole en medio del rostro. Pegó un brinco que casi tiró el catre. Yo dejé caer la taza. Rita entonces sí cerró la mandíbula.

El ojo tronó.

El humor le escurrió por la barbilla, transparente al principio, luego rojo.

Eso pasó en El Oso, un julio reseco en que las tardes olían a pino caliente y a diésel porque los troques de madera subían y bajaban a cada rato por la brecha. Pero no empezó allí. Empezó tres días antes, cuando todavía nos daba risa el juego.

Rita y yo teníamos diez. Mi hermano Joel ocho. Habíamos llegado de Madera a pasar unas semanas con la abuela Tomasa porque mi mamá se fue a cuidar a una tía enferma a Chihuahua y dijo que allá estorbábamos más. En la casa de la abuela siempre había gente entrando y saliendo: una prima de Chuhuichupa que venía por queso, un tío del Largo Maderal que bajaba por refacciones, un sobrino de Mesa del Huracán que se quedaba a dormir porque se le había hecho noche en el camino. En esos rumbos la familia nunca está completa ni sola.

La casa quedaba en Jesús García, pero todos le decían El Oso y ya. El patio era grande, de tierra apisonada, con un encino, un tendedero, un lavadero de cemento y un corral al fondo donde la abuela tenía dos puercos, seis gallinas y un perro viejo, amarillo, flaco de atrás y ancho del pecho, que se llamaba Sultán. No era bonito. Tenía la cabeza grande, una oreja caída y el pelo ralo alrededor de los ojos. Allí se le hacían unas lagañas espesas, amarillas, que en la mañana se le secaban en las comisuras como cera vieja.

La primera vez que yo oí del juego fue por un chamaco de Chupi Medous que vino con su papá a dejar unos costales de maíz. Tendría unos once años y ya traía ese

tono de los niños que se creen grandes nomás porque conocen cosas asquerosas.

—¿A poco no han jugado lagañas de perro? —preguntó.

Nosotros dijimos que no.

Él sonrió con una superioridad bien molesta.

—Si se untan en los párpados, ven lo que ven los perros.

—¿Qué ven? —preguntó Joel.

—Los muertos cuando andan cerca. Las cosas que caminan de noche. Lo que se le pega a la gente antes de enfermarse.

Yo le solté una carcajada. Rita también. El muchacho se encogió de hombros.

—Ríanse. En La Mesa una niña se untó y vio a su abuelo parado en el patio tres días antes de que se muriera.

—Puras mentiras —dije.

—Pues hagan la prueba.

Mi abuela salió justo en ese momento con una cubeta y alcanzó a oír la última frase.

—Ni se les ocurra —dijo, seca—. Ésas son cochinas del Diablo.

El muchacho ya iba de salida, pero todavía se alcanzó a volver.

—No es el Diablo —dijo—. Nomás ves lo que el animal ya trae pegado.

Mi abuela le aventó agua con la mano para que se fuera al carajo. Él se rió y corrió hacia la troca.

Rita me miró. Yo la miré a ella. Joel ni siquiera disimuló el brillo que le salió en la cara.

Allí quedó sembrado.

Esa noche llovió poquito. Nomás una llovizna sucia que levantó el olor del patio y dejó a Sultán acostado bajo el encino, rascándose un ojo con la pata. Al otro día amaneció con las lagañas más gruesas. El perro parpadeaba lento, fastidiado.

Mi abuela se fue temprano a El Largo con un vecino porque le iban a vender un costal de maíz más barato. Dijo que regresaba antes del mediodía. Nos dejó con el recado de no abrir a nadie y de darle agua a los puercos. Rita dijo que sí a todo, con esa seriedad que ponía cuando ya estaba pensando en otra cosa.

Esperamos a que el ruido de la troca se perdiera cerro abajo.

Luego agarró una cucharita.

—No seas puerca —le dije, aunque ya iba detrás de ella.

—Nomás tantito.

—Se te va a infectar el ojo.

—¿A poco tú no quieres ver?

Joel ya estaba agachado junto al perro, sobándole el lomo para que no se moviera. Sultán ni protestó. Al contrario. Parecía contento de que alguien por fin lo aliviara. Rita le abrió con dos dedos el párpado de arriba y con la cucharita raspó la costra amarilla seca de la orilla. Cayó en la cuchara como se desprende una cera vieja de una vela, dura por fuera, blanda por dentro.

A mí me dieron náuseas.

—No manches.

—Calla.

Sacó más. Hizo tres montoncitos sobre un pedazo de hoja de cuaderno. Luego los humedeció con una gota de saliva.

—Primero tú —le dije a Joel.

—Ni madres, tú.

—Tú eres el que más quiere.

—Pero tú eres la grande.

Rita se desesperó.

—Quítense.

Se untó la primera.

Con la yema del dedo recogió tantita pasta amarilla y se la embarró en el borde del párpado, casi en las pestañas. Luego en el otro. Parpadeó recio. Le empezaron a llorar los ojos de inmediato.

—Arde —dijo, pero se estaba riendo.

Joel hizo lo mismo. Yo duré todavía un segundo dudando, viendo aquella porquería brillante en la hoja. Luego pensé en el chamaco de Chupi Medous, en su cara de muy sabedor, y me ganó la necesidad.

Arde es poco.

Siente uno primero una raspa, como si te hubieran puesto tierra fina. Después el calor. Luego una picazón adentro, atrás del ojo, donde no alcanza el dedo. Empe-

zamos a reírnos y a maldecirnos y a enjuagarnos con agua de la llave del lavadero. Se nos puso todo rojo. Sultán nos miraba con esa cara de perro viejo que ya vio demasiadas idioteces humanas.

No vimos nada ese día.

A mediodía ya casi no ardía. Comimos burritos de frijol. Le dimos de tragar al perro. Cuando la abuela regresó, se dio cuenta de que traíamos los ojos irritados, pero le dijimos que habíamos estado jugando con tierra. Nos creyó a medias. O quiso creernos.

La primera noche.

Me despertó Sultán, gruñendo bajito debajo de la ventana. La luna entraba pálida por la cortina. Rita dormía a mi lado. Joel en el otro catre, con una pierna fuera de la cobija. Yo alcancé a ver su pie y justo arriba, a la altura del tobillo, una boca.

Una boca humana, sola, pegada en el aire, abierta sobre la piel del Joel.

Se me fue el aire.

Parpadeé.

La boca seguía allí, masticando sin apuro, como probando. Los labios eran negros, resecos, y entre ellos se veía un solo diente grande, amarillo. El tobillo de Joel temblaba apenas, dormido. La boca cerró, abrió, cerró otra vez.

Le metí un grito a la abuela que hasta yo me asusté. Prendieron el foco. La boca ya no estaba. Joel despertó llorando, encabronado porque lo habíamos espantado. Pero en el tobillo traía tres marcas redondas, hundidas, recién hechas, y una baba clara secándose alrededor.

—Fue el perro —dijo Rita, muy rápido.

Sultán estaba afuera.

Amarrado.

Mi abuela nos revisó los ojos. Ya empezaban a amanecer pegados de lagaña amarilla. En las pestañas se nos estaba haciendo una costra fina.

—Se anduvieron untando, ¿verdad?

No le contestamos.

Nos alcanzó a los tres con la pura mirada.

Nos lavó con té de manzanilla, luego con agua de sal. Nos dolió hasta las muelas. Después nos untó pomada de la que guardaba para los animales, refunfuñando todo el tiempo.

—Por puercos. Por necios. Por andar creyendo en juegos de mugrosos.

Nos volvió a mencionar al Diablo. Eso me dio más miedo que el regaño.

Al segundo día ya no se trató solo de ver.

Empezamos a oler.

Rita fue la primera. Estábamos desgranando maíz en el corredor cuando se quedó quieta, con la nariz un poco levantada.

—Va a venir mi tío Eusebio.

—¿Cómo sabes? —le pregunté.

—Huele.

A los cinco minutos entró el tío Eusebio por la puerta del patio, directo desde Mesa del Huracán, con una chamarra vieja y la cara hecha polvo del camino.

Joel también empezó. Pasaba junto a una gallina y decía “esa ya se va a morir” porque le olía distinto. Y sí: se murió al día siguiente, tiesa junto al comedero. Yo misma, al salir a tender una cobija, olí en el aire algo a carne lavada, a sangre muy diluida, y supe antes de verlo que Sultán había traído algo del monte.

Era una mano.

De niño, o de mujer muy pequeña. Seca, medio comida, con dos uñitas todavía puestas. La traía en el hocico como si fuera rama. Se la quité con un palo, con ganas de vomitar. La abuela la vio y se santiguó. No preguntó de dónde la sacó. No hacía falta. El panteoncito de El Oso quedaba a un costado del camino, mal cercado, y más de una vez los perros habían escarbado donde no debían.

Allí se le torció de veras la cara.

—Les dije que no.

Nos llevó esa misma tarde con una señora de Chu-huichupa que curaba de ojo, empacho, susto y otras cosas. Se llamaba doña Elpidia. Vivía en una casa de tablas oscuras, oliendo a humo y eucalipto. Nos sentó a los tres frente a ella y nos abrió los párpados uno por uno con una mano dura, sin cuidado.

—No están enfermos —dijo.

—¿Entonces qué? —preguntó la abuela.

—Traen otra mirada encima.

Le contó lo del perro. Lo de las lagañas. Lo de la mano. La vieja escupió al suelo.

—Ese animal no nomás anda en el panteón. Anda comiendo lo que los vivos dejan mal enterrado.

A mí se me cerró la garganta.

—¿Se quita? —preguntó la abuela.

Doña Elpidia tardó en responder.

—A veces.

Nos pasó un huevo por la cara, nos rezó algo que yo no entendí y nos hizo lavarnos los ojos con agua en la que había hervido ruda y ajo. Dolió tanto que Joel se orinó en los pantalones. Luego nos dijo que no durmiéramos juntos, que no dejáramos entrar al perro y que por nada del mundo nos dejaran probar sangre.

—¿Sangre de qué? —preguntó Rita.

La vieja la miró fijo.

—De lo que sea.

No funcionó.

Esa noche me tocó dormir sola en el cuartito junto al machero. Rita, en la sala con la abuela. Joel, con la tía María, que había llegado de improviso desde Madera porque la abuela le mandó aviso con un chofer de carga. Yo no quería estar sola, pero menos quería seguir viendo a mis primos a media noche.

No dormí mucho.

Cada vez que cerraba los ojos veía perros. A muchos, sentados en círculo, respirando. Al abrirlos, la casa esta-

ba igual. Tabla, sombra, mi cobija. Pero el olor no. Olía a vísceras lavadas. A cuero mojado. A animal respirando demasiado cerca.

Cuando por fin me venció el sueño, soñé que Rita le arrancaba un ojo a la abuela.

También soñé a mi abuelo.

Mi abuelo tenía ya tres años de muerto. En el sueño entraba por la puerta del corral y venía sonriendo, con el sombrero en la mano, como llegaba antes de cenar. Pero al acercarse vi que no traía ojos. En su lugar había dos huecos negros, húmedos, con las pestañas pegadas de lagaña amarilla. Detrás de él venía Sultán, lamiéndole los tobillos.

Desperté con un sabor agrio en la boca.

Estaba masticando.

Encendí el foco. Tenía entre los dientes una costra seca que yo misma me había arrancado del párpado dormida. Había sangre en la funda. Me fui al espejo del baño. El ojo derecho lo traía medio cerrado, pegado de una liga amarilla. Al jalarla se vino con cuatro pestañas.

Quise llorar. No pude. El ojo ardía demasiado.

En el corredor oí a la abuela rezando.

Salí. La encontré con Rita sentada frente a ella, bien quieta, la cara limpia, demasiado limpia. La abuela le estaba pasando un paño tibio por la boca.

—¿Qué pasó?

No me quiso decir. Vi la jícara junto al catre. Tenía dentro algo rojo, fibroso. No era frijol. No era carne coci-

da. Era lengua de res, pensé primero. Luego vi los dientes chiquitos, blanquitos, pegados a un pedacito de encía.

Rita me miró y sonrió.

Tenía sangre entre los incisivos.

—Se le cayó un diente al Joel —dijo.

Mi hermano dormía al fondo, hecho ovillo, con la mano en la cara.

Corrí.

No se le había caído un diente. Le faltaba medio cachete.

La carne abierta desde la comisura hasta casi la oreja, con marcas pequeñas y parejas, de mordidas repetidas, como de perro o de niño. La almohada estaba llena de saliva rosada. Joel seguía dormido del puro cansancio del dolor, con la respiración corta y un ojo hinchado.

Me volteé hacia Rita. Ella ya venía detrás de mí. No traía remordimiento ni locura en la cara. Traía hambre. Una hambre clarita, tranquila, que me hizo más daño que si la hubiera visto poseída o rabiosa.

—Me estaba hablando —dijo, señalando la herida de Joel—. Eso olía más fuerte.

La abuela le dio una bofetada que le volteó la cara. Rita se quedó así dos segundos, con la marca del dedo en la mejilla. Luego volvió despacio y la miró de un modo que no le conocía.

La tía María decidió llevárselos ese mismo día a Madera. Dijo que allí habría médico, gotas, inyecciones, lo que fuera. La abuela dijo que primero había que amarrar al perro.

Salimos al patio con un lazo.

Sultán estaba debajo del encino, acostado. Nos vio llegar y no se movió. Hasta allí se acabó el perro manso. Cuando la abuela le tiró el lazo al cuello, levantó la cabeza y enseñó los dientes.

Traía el hocico negro. Negro de sangre ya seca.

La tía se hizo para atrás. Yo también. La abuela siguió.

—Ándale, perro de mierda.

Sultán no gruñó. Se puso de pie y caminó hacia ella muy despacio. Le chorreaba una baba espesa. Un ojo se le había opacado por completo; el otro brillaba raro, como si tuviera dentro una velita. En el cuello, entre el pelo sucio, traía pegados pedacitos de algo blanco. Dientes.

Rita salió detrás de nosotras descalza, con el pelo suelto.

—No le hagan nada.

La voz se le había puesto rasposa.

El perro la miró y movió la cola.

Eso bastó para que la abuela entendiera lo que yo ya traía trepado en el pecho desde la madrugada: no era que los niños estuvieran viendo lo que veían los perros. Era que algo de los perros ya estaba viéndonos desde adentro de ellos.

La abuela agarró la escopeta del abuelo.

Yo nunca la había visto usarla. Ni siquiera sabía si todavía servía.

Le metió dos cartuchos con manos temblorosas y salió al patio. Sultán no corrió. Ni quiso. Se quedó quieto,

frente a ella, con la lengua afuera y un hilito de baba negra colgándole.

Rita empezó a llorar.

—No.

La abuela jaló el gatillo.

El disparo sonó seco. El perro dio un brinco de lado. Tenía abierto el costado, sí, y se le veía la carne viva, pero siguió de pie. Miró la herida como extrañado. Luego nos volvió a mirar.

La tía soltó un grito. La abuela tiró el segundo.

Ese sí le entró en la cabeza.

Sultán se fue para atrás y cayó de lado junto al lavadero. Las patas le zapatearon un poco. Después quedó quieto.

Rita se arrancó a correr hacia él con una velocidad que ninguno esperó. La abuela quiso detenerla y no alcanzó. La niña cayó de rodillas junto al perro y metió las dos manos en el boquete de la cabeza. Sacó algo blando, rojo oscuro, todavía caliente. Y se lo metió a la boca.

Aún puedo oír cómo mascó.

La tía María la agarró del pelo. Rita se volvió y le encajó los dientes en el antebrazo. Una mordida como de perro: firme, sostenida, tirando de lado. La tía la soltó del dolor. Rita volvió al cadáver del animal y siguió comiendo con ambas manos, escogiendo pedazos.

La abuela le dio con la culata de la escopeta en la nuca.

Rita cayó de frente sobre el perro muerto, con la cara hundida en la sangre y la masa del cráneo. Aún inconsciente, siguió tragando un par de veces.

Joel despertó en ese momento adentro, gritando por el dolor del cachete. Fui por él. Traía la herida ya negra en las orillas y un olor dulzón, enfermo. Lo tomé de los hombros. Me miró con los ojos hinchados y me dijo:

—Atrás de ti está el abuelo.

No volteé. Por puro terror.

La tía sí volteó. No vio a nadie.

Joel empezó a llorar y a reírse al mismo tiempo. Se llevaba la mano al ojo como si quisiera metérsela más adentro.

—No me vean —decía—. No me vean así.

Se arrancó una pestaña. Luego otra. Luego metió dos dedos debajo del párpado inflamado y tiró.

La córnea sonó.

No sé cómo describirlo de otro modo. Sonó. Un pequeño rechinado húmedo cuando la uña pasó por encima y lo dejó blanquecino, rayado.

La abuela ya no quiso llevarnos a ningún lado.

Cerró la casa.

Aseguró las puertas. Puso el cuerpo del perro en el solar de atrás y le echó petróleo para quemarlo en cuanto hubiera tiempo. A Rita la amarramos a una columna del corredor con un lazo de caballo. A Joel lo acostaron boca abajo para que no se siguiera hurgando el ojo. A mí me encerraron en la cocina con un frasco de agua bendita, una vela y el encargo de no abrir aunque me gritaran.

No pregunté por qué.

Esa tarde el cielo se cerró de golpe y cayó una lluvia tupida, fría, de esas que barren el polvo y dejan el mundo oliendo a pinoabierto. La casa se oscureció temprano. La lámpara del corredor empezó a zumbear con los bajos de luz. Rita, amarrada a la columna, tarareaba algo sin melodía. Joel gemía. La tía trataba de rezar, pero se le quebraba la voz.

Yo oí primero el rasguño en la puerta de la cocina.

Pensé que era el perro. Me acerqué y miré por la rendija.

Era mi abuelo. O algo usando su forma.

Sombrero mojado, camisa de cuadros, botas llenas de lodo. La mitad de la cara todavía como yo la recordaba. La otra mitad hundida, comida alrededor del ojo. Detrás de él había más gente parada bajo la lluvia: una mujer en camión con el vientre abierto, un niño con el cuello morado, un viejo sin nariz. Todos quietos. Todos mirando hacia la casa como perros antes de que les avienten la comida.

Me aparté de la puerta con la respiración ya rota.

Oí a Rita carcajearse afuera. Luego a la abuela gritar mi nombre.

No quise abrir. No me animé. La escuché forcejear. Escuché a la tía llorar. Escuché a Joel hacer un ruido espantoso, de alguien atragantándose con su propia lengua.

Entonces algo golpeó la puerta de la cocina desde adentro del corredor.

—Ábreme —dijo la voz de Joel.

No abrí.

—Ábreme, me la quiere quitar.

La manija empezó a moverse. El rasguño de uñas en la madera me sacó lágrimas del puro miedo. Agarré el cuchillo del pan y me fui hasta la esquina. La vela hacía la cocina más chica.

Después de un rato, silencio.

No me acuerdo cuánto duró.

Lo siguiente fue la escopeta.

Un tiro. Luego otro. Luego nada.

Yo seguí allí, tiesa, con el cuchillo en la mano sudada, hasta que la abuela tumbó la puerta de una patada porque ya no le quedaban ganas de tocar.

Traía la cara salpicada de sangre. El delantal empapado. Un lado del cabello chamuscado.

—Sal.

Rita seguía amarrada a la columna, pero ya no viva. La abuela le había disparado a quemarropa en el pecho cuando se soltó un brazo y se le aventó a la tía. El cuerpo se había quedado inclinado de lado, la cuerda enterrada en la axila. En la boca todavía traía un pedazo de oreja.

Joel estaba en el piso junto al catre, ahogado en su propia sangre. Se había arrancado el ojo izquierdo entero. Lo tenía todavía en la mano, apretado como canica. El otro se le había puesto blanco. La tía María estaba sentada contra la pared, con el brazo vendado a las prisas y la mirada ida.

Por fuera, bajo la lluvia, no había nadie ya. Nomás la tierra revuelta del patio y el charco donde se había lavado la sangre del perro quemado. Porque sí: aprovechando el aguacero y el espanto, la abuela había arrastrado el cadáver de Sultán hasta atrás y le prendió fuego con petróleo y

ocote mojado. Olía a pelo, a grasa, a carne mala. El humo se quedaba bajo, atrapado entre los árboles.

En la tierra, frente a la puerta, sí había huellas.

Huellas de perro. Muchas. Encima, debajo, cruzadas unas con otras, como si un montón hubieran dado vueltas allí mismo. Pero no había perros en el patio. Ni uno.

La lluvia siguió hasta la madrugada.

No dormimos.

A Rita la cubrieron con una sábana. A Joel también. La tía se quedó en la cocina, mordiéndose el llanto. La abuela y yo nos sentamos en el corredor, frente al humo del perro, esperando a que amaneciera. Nadie habló casi. De vez en cuando la abuela se limpiaba las manos en el delantal, aunque ya no traía nada en ellas.

Al clarear, el patio quedó lavado, frío, limpio a medias. El humo se había ido. El fuego del perro dejó una mancha negra en la tierra y un montón de huesos mal quemados. La abuela salió con un palo a moverlos. Yo la seguí.

Entre los huesos de Sultán había otros.

Cositas. Una falangita. Dos dientitos de leche. Una hebilla de cabello oxidada. Un botón de ropa de niño.

La abuela se quedó viéndolos mucho rato.

Luego los empujó al fuego otra vez, con el puro palo.

Nunca fuimos a Madera. Nunca llegó médico. A los muertos los enterraron esa misma tarde, uno tras otro, con la lluvia todavía escurriendo de los pinos. Mi mamá regresó cuatro días después y cuando vio la casa se le vino abajo la cara de una manera que no he vuelto a ver en nadie.

A mí se me curó el ojo, pero nunca del todo. El derecho me llora cuando cambia el tiempo y por temporadas amanezco con las pestañas pegadas. A veces, al caminar por un mercado o por un velorio o por cualquier parte donde se junte mucha gente, me llega de pronto un olor que los demás no sienten. Un olor a carne cansada, a enfermedad que todavía no sale, a algo que ya se está arrimando. Entonces se me revuelve el estómago y tengo que salirme.

No volví a tocar un perro en años.

Tampoco dejé que me lamieran la mano los de nadie.

La abuela vivió todavía bastante, pero nunca volvió a tener animal en el patio. Ni gallinas muchas. Ni gatos. Mucho menos perro. Decía que una vez que un animal aprende cierto sabor ya no le basta con hueso ni con monte.

A veces me preguntan por Rita o por Joel. La gente acomoda las cosas para que no den tanto miedo. Dicen infección. Dicen calentura. Dicen rabia. Dicen que los niños de rancho se mueren de cada cosa y ya.

Yo no discuto.

Nomás hay noches, cuando vengo de regreso de Madera y agarro la brecha rumbo al Oso, en que me toca ver perros parados a la orilla del camino, muy quietos, mirando pasar los carros. Ni ladran ni se mueven. Uno alumbra con las altas y allí siguen, con los ojos amarillos, redondos, sin pestañear. A veces son dos. A veces seis. Una vez conté nueve.

Siempre hay uno que trae lagañas secas en las comisuras.

Siempre aparte la vista antes de distinguir si me está viendo un animal u otra cosa.

## Duérmete niño, duérmete ya

La canción no era para dormirlos.

Eso fue lo primero que entendí ya de grande, pero de muchacho nomás me parecía que mi madre cantaba feo y muy quedito, siempre la misma vuelta, siempre en las mismas horas, sentada a la orilla del catre con la espalda bien derecha, aunque se le cerraran los ojos del cansancio y se le cayera la cabeza de a ratos. Yo creía que lo hacía por costumbre, porque así se hace en las casas donde hay chamacos chicos, donde una mujer pasa el día cargando uno y jalando a otro, moliendo, lavando, remendando, y al final ya no trae fuerzas ni para hablar, pero todavía le sale un pedazo de voz.

No era por costumbre.

Vivíamos entonces arriba de Chuhuichupa, rumbo a La Mesa, en una casita de tabla y techo de lámina donde el frío se metía por abajo de la puerta aunque uno le acomodara costales. Más arriba estaba el monte bueno, ya de pino grande. Más abajo quedaban las huertas, los caminos de lodo en tiempo de agua y el río, flaco casi todo el año, crecido nomás cuando la sierra decidía echarse encima. Mi padre andaba semanas enteras entre El Largo y los campamentos de madera, cortando, cargando, durmiendo donde lo hallara la noche. A veces volvía los viernes. A veces no. La casa era más de mi madre y de mi abuela que de él, y de nosotros cuatro: yo, que tendría nueve; mi hermano Nico, siete; la niña, Marisel, apenas de cuatro; y el más chico, Lencho, que todavía dormía pegado al pecho y olía a leche a toda hora.

Las tardes en ese rumbo se vacían rápido. Uno volteaba cuando todavía hay luz entre los pinos y al ratito ya está el patio gris, el monte negro y la lámpara prendida. En esa hora mi madre siempre empezaba a moverse más de prisa. Recogía la ropa, metía leña, metía a las gallinas, echaba llave, revisaba la tranca, tapaba con una cobija la rendija más ancha de la ventana del cuarto y luego se sentaba con el niño en brazos.

Allí comenzaba.

—Duérmete, niño, duérmete ya...

La decía en voz baja, con un ritmo muy parejo, como quien cuenta pasos o mide algo que no debe salirse de cierto límite. Nunca se brincaba una vuelta. Nunca cambiaba palabra. Nunca dejaba un pedazo sin decir.

Mi abuela, en cambio, no la acompañaba. Se quedaba en la cocina, echando tortillas o picando cebolla o nomás sentada, oyendo con la cabeza de lado. Y si uno de nosotros se ponía a hacer ruido, le zampaba una mirada.

—Déjala.

A los niños esa clase de cosas nos vuelve curiosos. Empecé a notarlo porque, en cuanto mi madre cantaba, los perros de afuera dejaban de ladrar. Iban bajando la voz, uno, otro, otro, hasta que se quedaba el patio quieto. Ni el viento sonaba igual. La lámina crujía menos. Las ramas del pino junto a la cerca ya no rascaban la barda. Parecía que todo se aguantaba.

Una noche le pregunté a mi abuela por qué la cantaba tanto.

Me acuerdo porque estaba ella limpiando frijol y yo acostado boca abajo en el piso, dibujando con un carbón en un pedazo de cartón.

—Porque si no, no se duermen —dijo primero.

—No es cierto. Yo sí me duermo aunque no cante.

La abuela me miró por encima de los lentes.

—Tú no sabes ni qué cosa te anda oyendo.

No quiso decir más. Yo tampoco insistí. En las casas donde manda una vieja curtida, uno aprende luego cuáles preguntas regresan peor de lo que salieron.

El primer susto no fue para tanto. Ahorita lo veo y hasta tonto parece, pero allí empezó.

Nico tenía la costumbre de no querer dormirse. Le gustaba pelear la noche, sentir que todos estaban cayéndose de sueño y él no. A veces se hacía el dormido y cuando mi madre ya se levantaba, abría un ojo y se reía. A veces se escondía una canica o un resorte debajo de la almohada y se ponía a jugar a escondidas. Mi madre lo regañaba poquito. Nunca de veras. El que sí se encabronaba era mi padre, pero como casi no estaba a Nico le duraban mucho las mañan.

Aquella noche de octubre mi madre traía al niño en brazos y cantaba sentada a la orilla del catre. Marisel ya cabeceaba. Yo estaba en el petate junto a la pared, tapado hasta la nariz, oyendo la voz de mi madre mezclada con el hervor del frijol en la cocina. Nico, en el petate de en medio, se estaba picando las costillas con una pluma de gallina para no dormirse. Yo lo vi. Le hice seña de que se estuviera quieto. Me sacó la lengua.

Mi madre siguió:

—Duérmete, niño, duérmete ya...

La puerta del patio dio un golpecito. Como si del otro lado se hubieran recargado tantito. Un *toc* muy leve.

Mi madre no se detuvo. Mi abuela sí levantó la cara.

Otro *toc*.

Nico dejó de jugar con la pluma. Sonrió. Pensó que era mi padre.

—Apá —susurró.

Mi abuela le tronó los dedos en el aire.

—Shh.

La canción siguió pareja.

—Que viene el...

Mi madre se equivocó.

No completó la frase. Nada más un tropiezo, una sílaba que se le atoró del puro cansancio. Apenas eso.

La puerta volvió a sonar, ahora más recio.

*Tòc. Tòc.*

Luego la ventana del cuarto.

Un arrastre lento por el vidrio, de arriba abajo.

Yo me quedé helado. Marisel se tapó la cara con la cobija. El niño, en brazos de mi madre, seguía medio dormido, con el hocico prendido a la teta. Mi madre cerró los ojos un segundo, acomodó al bebé y empezó de nuevo desde el principio, sin decir nada.

—Duérmete, niño, duérmete ya...

La uña dejó de raspar.

No volvimos a respirar hasta que la canción terminó completa tres veces seguidas.

Esa noche nadie habló del asunto. Ni al otro día. Pero yo ya no vi la canción igual.

Pasaron semanas sin nada. O eso quisimos creer. Mi padre volvió un viernes, se quedó dos noches, se emborrachó el sábado con unos del aserradero del Largo y el domingo se fue todavía crudo. La vida siguió del modo que siguen las cosas en las casas de monte: un puerco se soltó, se descompuso la polea del pozo, se rajó una ventana con el frío, la niña se enfermó de tos, vino una tía de Chupi Meadows con queso y pinole, se fue una prima para Madera. Nada que no llenara los días.

Pero cada tarde, cuando la luz empezaba a irse, a mi madre se le ponía la misma cara.

Echaba llave. Tapaba rendijas. Sentaba al niño. Cantaba.

Una noche ya bien entrado noviembre, mi padre volvió antes de lo esperado. Llegó oliendo a monte, a diésel y a aguardiente. Traía una liebre colgando de una cuerda y ganas de pleito, que eran las ganas que más le daban cuando venía cansado. No le gustaba llegar y sentir que la casa seguía girando sin él, que mi madre ya había cenado con nosotros, que la leña estaba partida, que el candil estaba colgado donde siempre, que su ausencia no había desbaratado nada.

Entró diciendo malas palabras porque el café estaba tibio, porque las tortillas se habían endurecido, por lo que

fuera. Mi madre no le contestó. Nomás siguió dando pecho al niño y acomodando a Marisel en la cama.

Ya iba a empezar la canción cuando mi padre soltó una risa seca.

—Otra vez con eso.

Mi madre no alzó la vista.

—Ya es hora.

—¿Hora de qué? Puras mañas.

Mi abuela se quedó inmóvil en el fogón.

—Déjala —dijo.

Mi padre se sirvió café.

—¿Déjala qué? Trae a los muchachos con miedo. No los va a criar a puro arrorró.

Mi madre empezó a cantar.

—Duérmete, niño...

Mi padre se levantó y le arrebató al niño de los brazos.

Con esa autoridad idiota de hombre que cree que porque puede cargar más, entiende más.

—Ya estuvo.

El niño lloró. Mi madre se puso de pie de un golpe.

—Devuélvemelo.

—No pasa nada. Que se acostumbren.

Mi abuela dejó la cuchara en la mesa.

—No le hagas al valiente con lo que no conoces.

Él se rio otra vez.

—¿Qué va a pasar, amá? ¿Que venga el coco?

Lo dijo burlándose.

Todavía me acuerdo del silencio que cayó después de esa palabra. Ni el caldo hirvió igual.

Luego se oyó afuera, detrás de la casa, un ruido como de uñas arrastrándose por la pared de tablas.

Largo y parejo. Mi padre dejó de sonreír.

Mi madre estiró los brazos.

—Dámelo.

Él no lo soltó.

La uña siguió rodeando la casa. Se oyó pasar por la pared del cuarto. Luego por la cocina. Luego por la puerta. Muy despacio. La madera crujía apenas bajo el peso de algo que no empujaba, nomás probaba. El niño lloraba ya a grito abierto. Marisel también empezó. Nico me agarró del brazo tan fuerte que me enterró las uñas.

Mi madre abrió la boca para seguir la canción, pero mi padre la cortó.

—No le cantes.

Apenas dijo eso, la tranca de la puerta saltó.

No se abrió de par en par. Se movió un palmo. El suficiente para que entrara un olor de afuera.

Era olor de orina vieja de niño y un dulzor raro, como de leche agria calentada de más.

Mi padre palideció.

Mi madre empezó a cantar, ya casi a grito:

—Duérmete, niño, duérmete ya...

La puerta dejó de abrirse.

Mi padre, con el niño apretado contra el pecho, dio un paso atrás.

—Duérmete, niño, duérmete ya...

Algo respiró del otro lado de la rendija.

Mi abuela se llevó la mano al rosario que traía colgado en la faja. Mi padre por fin le devolvió el niño a mi madre sin decir una sola palabra. Ella lo recibió y siguió cantando con la voz quebrada. La tranca se acomodó sola, despacio, como si la misma mano que la había movido la dejara otra vez en su sitio.

Nadie durmió.

A la mañana siguiente mi padre salió a revisar la tierra alrededor de la casa. No dijo nada al volver, pero traía la cara gris. Yo salí luego, cuando no me veía nadie, y vi las marcas.

Había medias lunas hundidas en el lodo helado, una tras otra, rodeando la casa. Como si algo hubiera caminado apoyando solo las puntas de los dedos.

Desde entonces mi padre ya no volvió a reírse cuando mi madre cantaba. Ni volvió a arrebatarle al niño. Ni a quedarse muy adentro de la casa cuando se hacía de noche, tampoco. Si podía, mejor se largaba al aserradero o al corral o a cualquier parte donde hubiera hombres y ruido. Pero a veces no podía.

Nos habíamos quedado sin aceite y sin café. Mi padre salió en la troca de un vecino rumbo a Madera, a ver si de paso conseguía unas piezas. Se llevó también a la tía Lucinda, que venía de El Oso y quería alcanzar a una hija suya en el pueblo. Dijeron que volvían antes del anochecer.

No volvieron.

Cayó agua helada desde media tarde. De esa que se pega en la lámina y la hace sonar como si alguien anduviera pasando semillas por encima. Mi madre metió más leña, más cobijas, más prisa en todo. La niña tenía fiebre. Nico andaba de mal humor porque no lo habían dejado salir. Yo trataba de leer un libro viejo de la escuela, pero ya la luz no alcanzaba. El niño lloraba sin razón.

Mi madre empezó la canción más temprano de lo normal.

—Duérmete, niño, duérmete ya...

La lluvia emparejaba con su voz.

Mi abuela cosía un calcetín junto al fogón. Marisel estaba acostada, roja de calentura. Nico no se quería meter a la cama y andaba de un lado a otro con el trompo en la mano. Mi madre siguió la vuelta una, dos veces.

A la tercera se fue la luz del foco.

Nos quedamos solo con el candil.

La casa se hizo más chica de golpe. La lluvia sonó más cerca. El niño dejó de llorar y se quedó oyendo. Mi madre siguió.

—Duérmete, niño...

Una sombra pasó por la ventana.

Algo más alto que la ventana misma, algo que se deslizó sin hacer ruido y tapó un segundo la poca claridad de afuera.

Nico la vio también. Se quedó con el trompo apretado.

—Amá.

—No me hables —dijo ella, sin dejar de cantar.

La sombra dio la vuelta a la casa.

Esta vez no usó uñas. Usó nudillos.

*Tòc.*

En la pared de atrás.

*Tòc.*

En el cuarto.

*Tòc.*

En la puerta.

Parecía escoger.

Marisel empezó a llorar de fiebre. El niño también. Mi madre ya no podía dar pecho y cantar al mismo tiempo. La voz se le hizo más delgada. Mi abuela dejó el calce-tín y agarró a la niña en brazos. Yo me levanté para ayudar con el candil. Nico se quedó en medio del cuarto, tieso.

Otra vez:

*Tòc.*

Pero ahora abajo de la cama.

Allí sí a Nico se le quebró la valentía.

Quiso correr hacia mi madre. Dio dos pasos. En el tercero algo le agarró el tobillo desde debajo del catre.

Lo sujetó firme. Nico pegó un alarido y cayó de boca. Yo vi la mano.

No parecía mano de hombre. Era larga, negruzca en las puntas, como hinchada. Los dedos eran demasiados largos y las uñas blancas, opacas, gruesas. Salía apenas del fondo de sombra bajo la cama, donde no alcanzaba el candil.

Mi madre dejó la canción para gritar su nombre.

Allí fue cuando todo se soltó.

La mano jaló.

Nico se arrastró sobre el piso, clavando las uñas en la madera. Yo me aventé de panza y le agarré las muñecas. Mi abuela sostenía a la niña y rezaba a gritos. Mi madre trataba de retomar la canción con el niño berreando en brazos, pero ya no le salía parejo. La voz se le partía de puro miedo.

La mano seguía jalando.

Vi cómo las uñas de Nico se levantaban una por una al raspar la tabla. Una saltó completa, con un chorrito de sangre. Otra se le quedó doblada hacia atrás. Él gritaba “amá, amá”, hasta que ya era puro grito.

Mi madre dejó al niño en el catre y se aventó también. Agarró a Nico de la cintura. Entre los dos lo jalamos. La mano aflojó un segundo. Alcancé a verle más: un pedazo de brazo cubierto de una piel grisácea, como si hubiera estado remojado mucho tiempo. Más atrás no se distinguía nada. Puro negro.

Mi abuela soltó por fin a Marisel en la cama, agarró el machete de partir hueso y lo metió debajo del catre a ciegas.

El grito que salió de allí abajo no sonó humano.

Fue un chillido lleno de aire atorado. La mano soltó a Nico. Salió replegándose tan rápido que apenas vimos cómo desaparecía en la sombra. Mi abuela siguió metiendo machetazos debajo de la cama hasta que el catre se hizo pedazos de un lado. Algo golpeó la pared por dentro y luego ya no hubo más que el sonido de la lluvia.

A Nico lo sacamos con el pie sangrando y la piel del tobillo arrancada en una vuelta, como si le hubieran querido pelar el hueso desde allí. Mi madre volvió a la canción con la garganta rota. La cantó llorando. La cantó temblando. La cantó mientras mi abuela le apretaba el pie al niño con trapos y sal.

No se volvió a oír nada esa noche.

Pero desde entonces Nico ya no se durmió nunca sin llorar.

Mi padre llegó hasta el otro día. Se había quedado varado por el lodo pasando Madera. Vio el pie del niño, vio el catre roto, vio la cara de mi madre, y no preguntó mucho. Salió con el rifle a rodear la casa como si eso sirviera de algo. Volvió sin disparar ni una sola bala. Lo único que dijo al entrar fue:

—Ya sabe dónde estamos.

Yo creo que allí mismo decidió irse para siempre, aunque tardó unos meses más en hacerlo. Hay hombres que no soportan la idea de no poder con lo que ronda su casa.

El invierno se nos dejó venir encima. Las noches se hicieron más largas. La canción también.

Mi madre ya no la cantaba solo para dormir al niño. A veces la empezaba mientras todavía cenábamos. A veces la tarareaba en la cocina, bajito, nomás al ver que la tarde se ponía muy azul. Mi abuela la secundaba con rezos. Mi padre tomaba más. El pie de Nico cerró mal y le quedó una marca redonda, como mordida.

Marisel empeoró con la tos.

No una tos de gripa. Una tos honda, que le sonaba en el pecho con un silbido feo. Le daba calentura por las tardes. Se dormía sentada. A veces en la noche despertaba jadeando, llevándose la mano al pecho como los viejos. Mi madre la arrullaba sin cargarla ya, nomás pasándole la mano por la frente mientras seguía con la otra voz para el niño.

Un jueves de enero, mientras nevaba arriba en el monte, Marisel se quedó dormida antes de la canción. La acostaron en el catre junto a la pared, tapada hasta el cuello. Mi madre traía a Lencho en brazos. Nico y yo estábamos en el suelo, arrimados al fogón. Mi padre no había llegado. Mi abuela remendaba una camisa. Todo parecía más quieto de lo normal, más manso.

A mitad de la primera vuelta, la niña abrió los ojos.

Nomás abrió los ojos y se quedó mirando hacia el rincón entre la pared y el ropero, donde no había nada.

Yo seguí su mirada.

Allí estaba.

No se veía cara ni cuerpo entero. Se veía una parte, bastante para saber que no era sombra. Algo alto, agachado, de piel color ceniza húmeda, encajado en el rincón imposible de la pieza, como si las esquinas lo acomodaran mejor que el espacio abierto. Un brazo apoyado en el ropero. Las uñas tocando la madera. Un pedazo de pierna. Y a media altura, unos dientes.

Eso fue lo que me clavó allí.

Pequeños, juntos, como de niño, pero demasiados. Una hilera cerrada asomando en la oscuridad, apenas más blanca que la nieve de afuera.

Marisel lo veía fijo.

Mi madre siguió cantando, pero ya había visto también. Se le notó en la respiración. La voz se le hizo más rápida. El niño en sus brazos empezó a inquietarse.

Los dientes sonrieron.

Y la niña se bajó sola del catre.

Se bajó despierta, con esa calma de los enfermos cuando la fiebre ya les está cocinando otra cosa en la cabeza. Dio un paso hacia el rincón. Luego otro.

Mi abuela se levantó del catre de un brinco.

—¡No!

La niña no volteó.

Yo me lancé primero y la agarré por la cintura. La tenía hirviendo. Ella me arañó la cara con una fuerza que no era suya. Mi abuela llegó y la jaló por las piernas. Entre los dos la tumbamos al piso. La cosa del rincón no se movió.

No hizo falta. Con que estuviera allí bastaba.

Mi madre siguió cantando.

—Duérmete, niño, duérmete ya...

Marisel lloraba y tosía y pataleaba. Yo no dejaba de mirar el rincón. Los dientes seguían allí.

Mi abuela agarró el crucifijo de la pared y lo aventó. Le pegó al ropero. La cosa desapareció o se hizo a un lado, no sé. Lo que sí se oyó fue el golpe de uñas contra la tabla al retirarse, una carrera breve entre pared y techo, y luego la lámina recibiendo un peso justo arriba de nosotros.

Los cuatro nos quedamos oyendo. La nieve empezó a caer más fuerte afuera. En la lámina algo caminaba muy despacio.

Esa noche Marisel no amaneció mejor.

Traía en el pecho, justo arriba del corazón, tres medias lunas moradas, del tamaño de un bocado chico. No estaba abierta la piel, pero al tocarlas se sentían hundidas, calientes. Mi madre no dijo nada. Mi abuela tampoco. Se miraron nomás un segundo, y yo vi en los dos rostros el mismo pensamiento.

Mi padre regresó esa tarde y allí sí quiso hacerse el valiente. Traía mezcal encima y una rabia vieja que nomás buscaba dónde caer. Vio a la niña, vio las marcas, y se fue por el rifle otra vez.

—Yo sí le tumbo la cabeza.

Mi abuela ni lo detuvo. Tal vez porque estaba cansada de hacerlo.

Esperamos a que anoheciera.

La nieve paró. El frío, no. La casa crujía de puro apretarse. Mi madre tenía a la niña recostada en las piernas y al niño pequeño dormido a un lado. Nico y yo no nos queríamos apartar de ella. Mi padre se quedó sentado en una silla junto a la puerta, el rifle en las piernas, el candil a un lado. Mi abuela en la cocina, afilando el machete con la misma calma con que otras rezan.

La canción empezó más tarde, porque mi padre no quería que empezara. Decía que nomás lo iba a atraer. Mi madre no le hizo caso.

—Duérmete, niño...

La voz iba por la segunda vuelta cuando sonó el primer paso en el techo.

Mi padre se puso de pie.

—No abras —dijo mi abuela desde la cocina.

Él no le respondió. Se quedó con el rifle levantado, viendo la puerta.

El paso se oyó otra vez. Luego otro. Cruzó del cuarto a la cocina. De la cocina al corredor. Después nada.

Mi padre respiraba por la boca. Se le veía el vaho en la luz del candil.

Entonces se oyó la voz de Marisel desde afuera.

—Amá.

Todos volteamos hacia la niña.

Seguía en las piernas de mi madre, dormitando, con la respiración silbada.

La voz volvió a decirlo, más cerca de la puerta.

—Amá.

Mi padre maldijo por lo bajo y jaló el cerrojo.

Mi madre soltó el grito.

—¡No!

Pero ya iba tarde.

Abrió nomás el ancho de una mano.

Primero entró el olor: lodo, leche agria, sangre de costura. Luego una mano, no del rincón esta vez, lanzada de golpe a la cara de mi padre. Le agarró la boca, la nariz, media frente. Lo tiró hacia atrás como si no pesara. El rifle se disparó al techo. El estampido nos dejó sordos un segundo.

La puerta se abrió de par en par. Lo que entró no se me olvidó jamás.

No era grande, no como un oso ni como una bestia de feria. Era alto como hombre, pero demasiado flaco y doblado. Andaba semiencorvado, casi tocando el suelo con los nudillos. La piel se le veía gris, pegada a los huesos, con parches oscuros aquí y allá como si la hubiera perdido a pedazos. La cabeza era lo peor: chica, redonda de arriba, y abajo tenía pura boca. Una boca ancha, cerrada, llena de esos dientes de niño, apretados, tantos que parecían escamas blancas. Los ojos quedaban muy arriba, hundidos, chicos, casi sin brillo.

Entró directo al catre de la niña.

Mi madre la cubrió con el cuerpo. El bicho la empujó de lado con un solo brazo y metió la cara al pecho de Mari-

sel. Yo vi cómo hundió los dientes donde estaban ya las marcas moradas. La niña pegó un solo grito. Uno. Luego nada.

Mi padre se levantó como pudo y volvió a agarrar el rifle. Disparó a quemarropa. Le abrió la espalda del hombro a la cintura. Salió una masa negra, más espesa que sangre, y un olor caliente, agrio, horrible. La cosa ni volteó. Siguió prendida al pecho de la niña, jalando.

Mi abuela le llegó por detrás con el machete y se lo dejó caer en la nuca.

Allí sí soltó.

Se volvió de golpe y la manoteó. A mi abuela la aventó contra la pared como si fuera costal de maíz. Oí cómo le sonó la cabeza. Mi padre quiso recargar el rifle y no le dio tiempo. El bicho se le fue encima, le metió esa boca imposible en la cara y le arrancó desde el pómulos hasta la quijada de un tirón. La carne le quedó colgando. Mi padre gritó como toro degollado.

Yo me quedé inmóvil. Nico sí se movió. Se aventó a la cama por Lencho, el bebé. Lo agarró de la cobija y se lo llevó arrastrando hacia el fogón. La cosa oyó el llanto del niño y giró la cabeza.

Eso le salvó la vida a mi madre.

A Marisel no.

La niña se quedó abierta del pecho, sin fuerza ya ni para llorar. La camisa se le estaba empujando de un rojo oscuro y espeso. Mi madre, sentada en el piso, trataba de taparle con las manos lo que ya no se tapaba.

El bicho fue hacia Nico.

Mi hermano cargaba al niño como podía, con el pie malo arrastrándole. La cosa caminó rápido.

Mi abuela, desde el suelo, agarró la pala del fogón con brasas y se la dejó ir en la cara. El carbón encendido se le pegó alrededor de la boca. Allí sí hizo un sonido recio, una mezcla de berrido y ahogo. Retrocedió dos pasos. Mi padre, medio muerto y todo, le metió el rifle ya vacío como garrote en la cabeza. El golpe le quebró algo. Se oyó claro. Pero no cayó.

Se volvió hacia él y, con una paciencia horrible, le metió los dedos por la herida que ya le había abierto en la cara. Se los fue hundiendo hasta la boca. Mi padre se quiso zafar, pero la mano le estaba ya dentro. Lo tumbó. Le sacó algo, no sé si lengua o pedazo de mejilla. Se lo comió allí, al lado del fogón, mirándonos.

Nico gritó.

Yo también reaccioné por fin. Agarré el hacha chica de la leña y fui por atrás. No apunté bien. Le pegué en el hombro, donde ya traía el agujero del rifle. El metal entró menos de lo que yo esperaba. Era como darle a un tronco húmedo envuelto en piel.

La cosa se volteó hacia mí.

Si me agarra a mí allí, se acaba todo.

No me agarró porque mi madre hizo lo único que podía hacer.

Volvió a cantar.

Con la niña desangrándosele en las piernas, con mi padre gorgoreando en el piso, con mi abuela medio ida junto a la pared, volvió a cantar.

—Duérmete, niño, duérmete ya...

La cosa se quedó quieta.

No sé si obedecía, si recordaba, si la canción le cerraba algo por dentro. Pero se quedó quieta.

Mi madre siguió.

—Que viene el coco y te comerá...

No era así exacto como la había cantado siempre. Esta vez sí lo nombró. Y al nombrarlo se oyó en la casa algo como cuando la lámina se aprieta de frío: un crujido fino.

La cosa bajó la cabeza.

Retrocedió un paso. Luego otro. Seguía viéndonos, pero ya no avanzó. Traía todavía carne de mi padre entre los dientes. La mascó una vez, dos. Luego se volvió hacia la puerta, salió sin apuro al patio y cerró detrás de sí con un empujoncito.

Mi madre no dejó de cantar hasta que amaneció.

Marisel murió antes.

Mi padre todavía alcanzó el amanecer. Luego ya no.

A los dos los velaron en la misma sala del vecino de más abajo porque mi madre no quiso, o no pudo, dejar los cuerpos dentro de la casa. A mi abuela le quedó una rajada en la cabeza y un temblor en la mano izquierda que no se le quitó hasta morir. Nico no volvió a dormir con la espalda descubierta en toda su vida. Lencho creció sin acordarse, dicen, pero yo a veces creo que los cuerpos sí se acuerdan aunque la cabeza no; de grande siempre durmió con la puerta atrancada y una silla arrimada.

Mi madre siguió cantando años. Aunque ya no hubiera niños chicos. Aunque la casa se hubiera vaciado. Aunque al final nos fuéramos a vivir más abajo, pasando El Largo, a una casa donde no había pinos cerca ni techo de lámina tan flojo. Todas las noches, al hacerse la misma hora, se sentaba a la orilla de la cama y cantaba las mismas vueltas. Primero para Lencho. Luego para nadie.

Yo me fui de la sierra en cuanto pude. Trabajé en Madera, luego en Chihuahua, luego más al sur. Tuve hijos. Los oí dormir. Vi cómo a veces se alborotan, cómo pelean el sueño, cómo una canción puede caerles encima como mano tibia. Nunca dejé que nadie les cantara esa. Ni una sílaba. Mi mujer pensó muchos años que era manía nomás. No se lo expliqué. ¿Cómo chingados se explica una cosa de esas?

La última vez que vi a mi madre estaba ya muy chica de cuerpo, sentada junto a la ventana, oyendo llover. Me reconoció, sí, pero se le iban los nombres. No así la canción. Ésa la traía entera, limpia, metida en la lengua como si allí se la hubieran clavado.

—¿Todavía? —le pregunté.

No me contestó. Nomás ladeó la cabeza. Afuera, en el patio, algo rozó el lambrín de madera.

Mi madre empezó a cantar.

No lloré ese día. No hablé. Me quedé escuchando con la piel helada, ya hombre viejo, ya con muertos propios encima, y el miedo me volvió igualito al de entonces. Afuera la lluvia seguía. El rasguño también. Muy despacio, de pared en pared.

Mi madre no falló una sola palabra. Yo sí.

Yo me quedé viendo la ventana, esperando sin querer que algo asomara. Una mano. Unos dientes. Lo que fuera. No asomó nada. Nomás siguió el ruido. Luego se fue alejando por el corredor, como si rodeara la casa una última vez. Como si supiera que todavía no.

Mi madre terminó la vuelta y me miró.

Traía los ojos cansados, lavados por el tiempo, pero enteros.

—No deja uno de cantar nomás porque ya falte gente —dijo.

Eso fue lo último que me dijo bien.

Ahora, cuando cae la tarde y el frío cambia de olor, todavía se me hace un hueco aquí adentro. No oigo voces ni veo sombras. No necesito. Me basta con la hora. Con el recuerdo exacto de cómo sonaba la lluvia en la lámina aquella noche y de cómo una cosa parada en nuestra puerta esperaba nomás a que alguien se cansara.

A veces, sin darme cuenta, me encuentro diciendo la primera línea entre dientes y muy bajito.

## Esferas de fuego en el monte

En ese rumbo nos enseñaban dos cosas antes que a montar bien: no seguir luces en el monte y no responder si te llaman por tu nombre desde arriba de la brecha. Una porque la noche engaña. La otra porque no siempre es la noche.

Lo de las lumbres lo decían todos. En Chuhuichupa, en La Mesa, en los ranchitos tirados rumbo a El Largo. Lo decía la gente grande sin ponerse solemne, nomás al pasar, como quien da una instrucción vieja que ya se cansó de repetir.

—Si ven una bola de fuego entre los pinos, bajan la cara y se regresan.

—No la sigan.

—No la cuenten.

—Y no la volteen a ver dos veces.

Cuando uno está chico, esas cosas las oye igual que oye “no te subas a la troca” o “no juegues con el hacha”. A medias. Hasta que le toca.

Yo tenía trece cuando vi la primera.

Mi tío Roque nos llevaba a mí y a mi primo Nando a revisar unas vacas que se le habían desbalagado arriba de La Norteña, más allá de Chuhuichupa, rumbo a donde empieza el monte bueno antes de irse para El Largo Maderal. Mi tío decía que ya estábamos en edad de aprender a seguir rastros, a distinguir una cagada fresca de una vieja, a oler si el agua de una represa estaba echada a perder antes de meter la mano. A mí me gustaba salir con él porque

hablaba poco y no era de esos hombres que se sienten muy hombres nomás por gritar. Nando iba por puro gusto de andar fuera de la escuela. Tenía doce, era más alto que yo y cargaba esa confianza de los muchachos que todavía no conocen algo que de veras los ponga de rodillas.

Salimos al clarear, con tres caballos, un burro cargado con costales y una hielera con tortillas, chile pasado y carne seca. Mi tío llevaba el rifle amarrado al arzón. El aire olía a pino fresco y a tierra fría. En esos meses la sierra amanece limpia, casi cortante. Los pinos del rumbo de Chuhuichupa todavía traían gotitas de agua de la noche. Más arriba, donde la brecha se tuerce hacia La Mesa, el sol apenas tocaba las copas y todo lo de abajo seguía azul.

Encontramos una vaca antes del mediodía, con el alambre enredado en una pata y espuma seca alrededor del hocico. La soltamos. Otra estaba ya muerta más arriba, recostada de costado bajo unos encinos, inflada y con los ojos abiertos. Mi tío se bajó del caballo, la rodeó una vez y se quedó muy serio.

—No fue un puma.

Nos acercamos.

La piel del lomo estaba intacta. Ni un rasguño. El vientre tampoco lo habían abierto. Pero la cabeza... la cabeza estaba trabajada de un modo que todavía me revuelve el estómago cuando me acuerdo. Los labios se le habían pegado a los dientes, tostados, resecos, como si se les hubiera pasado una brasa por dentro. Las orejas se veían normales. El hocico no. Todo el hocico era una costra oscura. Por los ojos, en lugar de gusanos, asomaba una gelatina blanca, cuajada. Nando hizo una mueca.

—Parece cocida.

Mi tío le dio la vuelta con la bota. Del otro lado, debajo de la costilla, la piel se hundía como si por adentro algo le hubiera chupado la grasa y le hubiera dejado el cuero vacío. No olía a carne podrida. Olía a sebo caliente. A grasa derretida encima de una plancha.

—Vámonos —dijo mi tío.

No la tocó. No le sacó ni el fierro de la oreja. Volvimos a montar y seguimos más arriba, pero ya sin hablar.

A las tres de la tarde encontramos la segunda cosa.

El burro fue el primero en resentirlo. Se plantó de patas, levantó la cabeza y ya no quiso seguir. Mi caballo empezó a mover la cola con nervio. Mi tío se bajó, miró hacia la línea de pinos cerrados y maldijo por lo bajo.

—Ya vámonos de vuelta.

Nando se rió un poco, por puro no saber.

—¿Qué huele?

—A lo que no quiero encontrar.

Yo me acomodé mejor la chamarra. El sol seguía alto, pero en la sierra hay partes donde la tarde entra temprano aunque el reloj no lo diga. Allí ya se sentía. Las sombras eran más largas, más frías. Entre los troncos empezaba a quedarse el aire, quieto.

No alcanzamos a darnos vuelta cuando apareció la lumbre.

Simplemente estaba allí, a unos cincuenta metros, entre dos pinos altos. No muy grande. Como del tamaño

de una pelota de básquet. Redonda no del todo; viva. Tenía orillas que temblaban, se estiraban, volvían. De lejos parecía fuego, sí, pero no alumbraba el monte alrededor. Ésa fue la primera cosa que me pareció mal. Si uno enciende un ocote, la luz se pega en el tronco, brinca en la corteza, hace sombras. Esa bola no. Ardía sola. El pino de al lado seguía oscuro.

Nando se quedó mirándola con la boca entreabierta.

—¿Ya viste?

Mi tío le dio un manotazo en el hombro.

—Baja la cara.

—Pero...

—¡Que bajes la cara, cabrón!

Yo obedecí. Por puro susto de oírle esa voz a mi tío. Él no la usaba. Bajé la vista al suelo y vi las agujas secas del pino, una piedra blanca, la pata del caballo, mis propias botas. Sentí en la piel de la nuca la presencia de la lumbre, como si me estuviera viendo. Mi tío jaló las riendas de ambos caballos a la vez. Retrocedimos un paso. Otro.

Entonces Nando dijo:

—Se movió.

No debió decirlo. Porque al decirlo, todos volteamos.

La bola ya no estaba entre los dos pinos.

Estaba más cerca.

No mucho. Lo suficiente.

Mi tío me agarró del brazo.

—Al caballo. Ya.

Nando seguía mirándola, hipnotizado o pendejo, qué sé yo. Mi tío le dio un empujón que casi lo tiró. Montamos como pudimos. El burro seguía trabado, resoplando. El caballo de mi tío dio media vuelta. El mío también. El de Nando tardó. La bola de fuego avanzó entre los pinos sin tocar una sola rama. No volaba como en las películas. Y al moverse se oía una cosa leve, apenas: un zumbido de grasa caliente, de aceite a punto de hervir.

Apareció otra más atrás.

Luego otra.

Las tres quietas, viendo.

—No corran —dijo mi tío—. Nomás váyanse parejo.

Nadie le obedeció por completo. Los caballos sintieron antes que nosotros lo que venía y arrancaron cuesta abajo a brincos. El burro soltó un rebuzno raro y se nos fue por otro lado. Las ramas nos pegaban en la cara. El suelo cambiaba de piedra a raíz a lodo seco bajo los cascos. Yo no quería volver a mirar, pero volví.

Las lumbres venían detrás.

Una se desvió a la izquierda. Otra a la derecha. La del centro siguió nuestra brecha. Entonces entendí que no nos estaban siguiendo nomás. Nos estaban cerrando.

Mi tío metió al caballo entre dos pinos apretados, buscando un paso que yo ni había visto. Gritó que lo siguiéramos. Nando venía atrás de mí, pálido, pero todavía arriba de la montura. La lumbré de la derecha cruzó justo frente a él. Nomás le rozó el muslo.

Eso bastó.

El pantalón no se le prendió. Ni se le chamuscó. Por fuera quedó igual. Pero Nando soltó un berrido tan recio que me hizo doler la espalda. El caballo se alocó. Lo aventó contra un tronco. Cayó mal. Rodó entre las hojas secas. Cuando lo levanté, ya traía la mano metida en la pierna.

—Me quemó. Me quemó.

Mi tío se bajó. Le abrió el pantalón a navaja.

La piel estaba mal. Redonda, casi perfecta, una mancha del tamaño de una tortilla chica, gris al centro, roja alrededor. No parecía quemadura normal. Parecía una llaga nacida de adentro. En medio ya se le estaba haciendo una ampolla negra, tensa.

Mi tío se persignó.

—Nos vamos al jacal de arriba.

El jacal era una casita de tablas sin pintar que unos conocidos usaban cuando subían por troncos o se quedaban a pasar la noche en la sierra. Quedaba como a media hora de allí, rumbo al camino viejo del Largo. Nadie se quería quedar, pero tampoco había modo de bajar hasta El Oso antes de que se cerrara por completo la tarde. Menos con Nando así.

El trayecto hasta el jacal se me hizo larguísimo. Nando venía montado mal, ladeado, mordiéndose el labio para no gritar cada que el caballo daba un trote. La pierna le fue cambiando de color bajo la tela abierta: del rojo vivo a un morado casi negro. El borde de la llaga empezó a hacer unas venitas brillantes, delgadas, como si abajo de la piel trajera brasitas caminando.

—No lo veas —me dijo mi tío cuando notó que yo no podía apartar la vista.

Pero ¿cómo no?

Era de esas cosas que uno sigue viendo aunque cierre los ojos.

El jacal estaba vacío. Un cuarto con dos catres de alambre, una mesa, una estufa de leña, latas viejas de sardina y olor a ratón. Mi tío atrancó la puerta y clavó una tabla en la ventana más ancha. Luego acostó a Nando sobre uno de los catres y le echó agua en la pierna.

El agua hirvió.

Hizo un sonido pequeño, como manteca cuando le cae una gota. Nando se arqueó del dolor y soltó una sarta de maldiciones tan sucias que hasta así se notaba que estaba asustado de verdad.

—No le echas agua —dije.

Mi tío me miró con una rabia que no era conmigo.

—Ya sé.

Fue por una botella de sotol que alguien había dejado en un estante. Se la vació encima.

El alcohol no apagó nada. Al contrario. La piel alrededor se tensó. La ampolla negra del centro se reventó sola, sin que nadie la tocara. Salió un líquido espeso, oscuro, no sangre, más bien una grasa prieta que olía al mismo sebo de la vaca muerta. Mi tío se hizo hacia atrás. Yo también. Nando lloraba ya sin pena, sacudiendo la cabeza de lado a lado.

Afuera empezó a oscurecer.

No había viento. Eso hacía todo peor. En el monte el silencio nunca es bueno. Si no hay pájaros, si no hay ramas, si no hay nada, es porque algo ya movió primero lo que tenía que mover. Mi tío prendió la estufa. La leña tardó en agarrar. Yo me ofrecí a salir por más, pero me calló con una sola mirada.

—Nadie abre esa puerta.

Nando empezó a tener fiebre antes de que oscureciera del todo. Se le veía en los ojos: brillosos, hundidos, y en la respiración. Cada vez más corta. Se tocaba el muslo y luego se olía los dedos. Una vez se los lamió. Otra también.

—Ya no le dejes hacer eso —le dije a mi tío.

No me respondió.

Le pusimos un trapo húmedo en la frente. No sirvió. El calor le salía del cuerpo como de olla tapada. La pierna ya no estaba hinchada nomás en el círculo donde lo tocó la lumbre; se le estaba subiendo por la ingle, por el costado, en líneas rojizas que latían. A ratos decía incoherencias. A ratos se quedaba muy callado, con el oído puesto hacia el monte.

Fue en uno de esos silencios cuando oímos la primera voz.

—Roque.

La dijeron afuera, cerca de la pared del fondo.

Yo me volteé hacia mi tío. Él ya estaba con el rifle en la mano.

La voz la había dicho como la decía su hermana, la mamá de Nando.

—Roque, ábreme.

Mi tío se quedó blanco hasta debajo del bigote.

Nando sonrió.

—Ya vino mi amá.

Mi tío le metió una bofetada tan fuerte que lo giró en el catre.

—Cállate.

La voz volvió a hablar, ahora del otro lado de la ventana tapada.

—Roque. Está helando.

Mi tío levantó el rifle y se quedó apuntando a la tabla.

—No abras por nada —me dijo sin voltear.

La voz rodeó el jacal. A ratos sonaba como mujer. A ratos como hombre. A ratos como Nando mismo, llamándose desde afuera. Luego ya no fueron voces. Fueron golpecitos. Uno aquí. Otro allá. Pequeños, pacientes. Como si algo estuviera tanteando por dónde afloja más pronto la madera.

La fiebre de Nando subió tanto que empezó a temblar aunque se estaba cociendo. Se retorció. Pedía agua. Pedía que le rascaran adentro de la pierna. “Más abajo”, decía. “No allí, más adentro”. Mi tío le sostuvo los hombros mientras yo trataba de ponerle un trapo limpio sobre la herida.

Allí fue cuando sentí el movimiento. Como si algo chiquito, duro, le caminara entre músculo y músculo.

Solté el trapo de golpe.

—Tío.

Él lo sintió también.

La llaga central se abrió un poco más. Por dentro se veía una luz roja, mínima, latiendo.

Nando se puso a reír.

—Ya se acomodó.

Mi tío me apartó.

—Vete al otro cuarto.

No había otro cuarto, nomás una división de tablas detrás de la estufa. Me fui igual. Desde allí seguí viendo por una rendija.

Mi tío le metió el cuchillo en la pierna.

Un corte largo, buscando sacar lo que fuera eso. La carne abrió fácil, como si ya estuviera cocida. Salió un chorro de esa grasa negra, humeante. Y debajo, por un segundo, vi la bolita.

Pequeña, viva, del tamaño de un huevo de codorniz. Roja al centro, amarilla en las orillas. No se estaba quieta. Latía. Palpitaba dentro del músculo.

Mi tío trató de engancharla con la punta del cuchillo.

Nando pegó un alarido y de un manotazo le tumbó el brazo. Se incorporó de golpe. Tenía otra cara. Otra de verdad. Los labios más gruesos. Los ojos más hundidos. Los dientes le brillaban demasiado, de un modo raro, húmedos.

—No me saques eso —dijo.

La voz ya no era del todo suya.

Afuera, pegadas a las paredes del jacal, se encendieron tres lumbres más.

Las veíamos por las rendijas entre tabla y tabla. Dibujaban líneas rojas que se movían por el piso. El cuarto se llenó de ese olor a sebo recalentado y pelo chamuscado. El fuego de la estufa se aplastó de repente, como si algo más grande se le hubiera puesto encima.

Nando se bajó del catre.

La pierna abierta le escurría la grasa negra hasta el piso, pero ya no cojeaba. Al contrario. Se veía más seguro. Más derecho.

—Ya vienen —dijo.

Mi tío le apuntó al pecho.

—Si das otro paso, te tumbo.

Nando lo miró con tristeza, casi con cariño.

—Aunque me tumbes, entran.

No esperó respuesta. Se volvió hacia la estufa, agarró con la mano desnuda el sartén donde mi tío calentaba frijoles y se lo llevó a la boca. La grasa del sartén le chorreó por la barbilla y no soltó ni un quejido. Luego metió la otra mano en la herida de su propia pierna, se sacó un pedazo de carne cocida de alrededor del corte y empezó a masticarlo.

Yo me vomité en el rincón.

Mi tío disparó.

La bala le pegó en el costado y lo tumbó contra la mesa. Nando se dobló un segundo. Luego se enderezó más lento, con la sangre y la grasa negras mezclándosele en la camisa.

—Ya no me duele —dijo.

La puerta del jacal se movió.

Mi tío me gritó que me metiera debajo del catre.

No le hice caso. Agarré el hacha pequeña que colgaba detrás de la estufa y me puse junto a él. Me temblaban las piernas tan fuerte que hasta me daba vergüenza. Mi tío no dijo nada. Nomás recargó otra vez el rifle.

La puerta cedió en la parte de abajo. Se abrió un hueco estrecho. Por allí no entró una lumbré primero.

Entró una mano que estaba a medio hacer. Piel chamuscada en unas partes, ampollas en otras, y por entre las rajaduras se le veía una claridad roja, como carbón vivo bajo ceniza. Los dedos tantearon el piso, la pared, la pata de la mesa. Luego se recogieron.

El empuje volvió, más fuerte.

La tabla de la ventana se partió. Una lumbré se metió por la abertura. No prendió la cortina. No prendió la mesa. Se fue directo a Nando.

Él abrió la boca y la lumbré entró.

Se estiró, se hizo más delgada y se le metió por la boca, por la nariz, por los ojos. Nando se arqueó hacia atrás, rígido. La espalda le tronó. La panza se le infló de inmediato, dura, redonda, tensa como cuero de tambor.

Mi tío disparó otra vez. Esta bala le abrió el hombro. Nando ni la sintió.

Las otras lumbrés siguieron empujando la puerta.

Todo pasó muy rápido y al mismo tiempo. La puerta se abrió. Una lumbré entró pegada al piso. Otra reventó la tabla de la ventana. Mi tío me aventó contra el rincón y se fue sobre Nando con el cuchillo, quizá todavía creyendo que si le abría la panza a tiempo le sacaba lo que lo estaba cocinando.

No alcanzó. La panza de Nando se abrió sola. Se rajó de arriba abajo con un sonido largo, como cuando se rasga una costalera empapada. Salieron primero vapor y sangre espesa. Luego una masa de tripas medio cocidas, brillosas, humeantes. Y de entre ellas, empujándose con violencia, salió una lumbré más chica.

Mi tío retrocedió con la cara salpicada.

Nando seguía vivo. Eso fue lo peor de todo. Se le veía en los ojos. Abiertos. Viéndonos. Queriendo decir algo. Pero la boca ya no la tenía para hablar. La lumbré de adentro le iba subiendo por la garganta, alumbrándole el paladar desde dentro. Metió una mano en sus propias tripas, sacó un pedazo blando, rojo y negro, y se lo llevó a la boca por puro reflejo, como si el cuerpo no supiera ya distinguir qué era suyo y qué era comida.

Mi tío le disparó a la cabeza.

Allí sí cayó.

Las lumbres no.

La del suelo se me vino encima a mí.

No pensé. Le aventé el hacha. El metal la atravesó y no la atravesó al mismo tiempo; lo único que logré fue abrirla como si fuera una bolsa de luz. Me dio en la cara un calor horrible, seco, que me reventó al instante las pestañas

del ojo izquierdo. Sentí que la piel de la mejilla se me encogía. Me tiré al piso y rodé debajo del catre.

Desde allí vi los zapatos de mi tío moverse de un lado a otro, oí dos golpes, un grito ahogado y luego la carne. Sí, la carne.

Ese sonido sí existe. El de algo masticando tejido caliente, no hueso. El de una mordida profunda entrando y saliendo. Mi tío alcanzó a disparar una vez más. La bala pegó en la estufa. Saltaron chispas. El jacal olió de golpe a pólvora, grasa y pelo quemado.

No me acuerdo cuánto duró.

Poco, quizá. Lo suficiente para volverme viejo.

Cuando por fin el zumbido bajó, ya no se oía más que la madera crujendo y la leña de la estufa acomodándose. Yo seguí debajo del catre, meado, con la cara pegada al piso y un pedazo de tripa de Nando casi tocándome la mano.

Alguien caminó por el cuarto.

Del jacal a la puerta. De la puerta a la ventana. Luego otra vez hacia donde estaba yo.

Se detuvo junto al catre.

Por el borde de la cobija vi dos pies desnudos. De niño. Mojados. Chamuscados de los dedos. No podía ser Nando. No así. No después de la bala. Pero eran los suyos. Reconocí la costra blanca en el dedo gordo del pie derecho, donde se había pegado con un hacha dos semanas antes.

La voz vino de arriba.

—Ya se fue el tío. Vente.

No me moví.

—No seas culón.

El tono era suyo también. Molesto, burlón, el de siempre cuando me ganaba una carrerita o me escondía la navaja.

Apreté los dientes tan fuerte que pensé que me los iba a quebrar.

Los pies se quedaron un rato. Luego se fueron. Afuera, en el monte, las lumbres volvieron a zumbiar más lejos. Una. Dos. Tres. Como si se internaran otra vez entre los pinos.

No salí hasta que amaneció.

La estufa seguía tibia. El jacal olía como si alguien hubiera cocido hígado toda la noche en una cocina cerrada. Mi tío estaba junto a la puerta, abierto del vientre a la ingle. Le faltaba una mitad del rostro y un brazo desde el codo. A Nando casi no pude verlo porque no quise. El cuerpo estaba reventado sobre la mesa y el piso, como animal recién destazado. Lo único reconocible eran una bota, el cinturón y una mano.

Salí del jacal con el sol apenas entrando entre los pinos.

Todo se veía demasiado limpio allá afuera. La nieve vieja en las orillas, el vapor saliendo de la tierra, la brecha sola. No había huellas claras. Nomás unas marcas redondas, quemadas, sobre las agujas secas. Como si alguien hubiera apoyado brasas vivas sin prender nada alrededor.

Bajé a pie hasta La Mesa. No sé cómo. A ratos corría. A ratos vomitaba. A ratos me quedaba oyendo, seguro de que atrás de mí venía Nando chiflando o mi tío mentán-

dome la madre por haber dejado el hacha tirada. Nadie me siguió. O nadie que yo pudiera ver.

Llegué a casa de unos conocidos casi al mediodía, con media cara reventada por la quemadura y las manos negras de sangre seca. No entendían lo que decía al principio. Ni yo. Luego ya fueron saliendo las palabras: lumbres, monte, jacal, Nando, mi tío.

Subieron hombres esa misma tarde.

Volvieron de noche.

Traían a mi tío envuelto en una cobija militar. A Nando no. De él nomás bajaron una pierna, una bota y lo que quedaba del cinturón. Dijeron que el resto estaba muy revuelto. Que lo encontraron repartido entre la mesa, el piso y la nieve, y que no valía la pena bajar eso a la familia. Mienten así los hombres para sentirse mejores.

A mí me curaron la cara como pudieron entre La Mesa y Madera. El ojo izquierdo no lo perdí, pero quedó llorón para siempre. Cuando cambia el tiempo, arde. Cuando me arrimo mucho a un fogón, se me empaña. Y cuando veo una lumbré en el monte, aunque sea de campista o de camioneta lejana, se me vuelve a meter la sierra entera al cuerpo.

Dos semanas después del entierro la mamá de Nando juró haberlo oído en el patio. Riéndose y diciéndole que ya no le dolía nada. Al mes, un compadre de mi tío encontró una vaca reventada arriba del Oso, vacía por dentro y tibia todavía.

Yo me fui muchos años de ese rumbo. Trabajé donde pude, lejos del monte. Aun así, las lumbres se quedan en uno. Te cambian el modo de ver de noche. Nunca vuelves

a confiar del todo en una subida sola. Nunca vuelves a pensar que el fuego calienta por igual en todas partes.

La última vez que subí rumbo a El Largo fue por un velorio. Ya estaba grande, con hijos y deudas y la espalda jodida. Había nevado esa mañana. El camino estaba limpio pero blanco en las orillas. Pasando Chuhuichupa, antes de agarrar la brecha que se arrima a La Mesa, vi una lumbre entre los pinos; iba sola.

Seguí manejando. No frené. No volteé dos veces. Pero al pasar junto al claro donde la vi se me llenó la cabina del olor. Sebo caliente. Pelo chamuscado.

Y entonces oí a Nando.

—Ábrame tantito la ventana, traigo calor.

No volteé.

Llegué al velorio con las manos blancas de apretar tanto el volante.

Todavía, cuando se me hace tarde y agarro carretera de sierra, procuro no salir de Madera después de cierta hora. Si no queda otra me voy rezando aunque nunca haya sido hombre de mucho rezo. Lo hago bajito, nomás para llenarme la boca de otra cosa. Porque lo que anda entre los pinos no siempre quiere quemarte por fuera. A veces nomás busca por dónde meterse para prender donde más tarda uno en apagarse.





## Contenido

|                              |    |
|------------------------------|----|
| Semillas                     | 17 |
| La lechuza                   | 22 |
| No jueguen junto a la noria  | 36 |
| Lagañas de perro             | 54 |
| Duérmete niño, duérmete ya   | 72 |
| Esferas de fuego en el monte | 94 |



Con trayecto



Descarga gratuitamente toda la colección del  
Programa Editorial Chihuahua en:

**[www.pech.icm.gob.mx](http://www.pech.icm.gob.mx)**





Este libro se terminó de imprimir en octubre  
de 2026 con un tiraje de 300 ejemplares.

Impreso y hecho en México







